

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17, cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante libranzas.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en la Biblioteca de Medicina y Museo científico, con la rebaja de un 10 por 100 de sus precios.

PERIÓDICO CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

RESUMEN.

MADRID. Cuatro palabras sobre el programa del manicomio modelo.—Reseña monográfica de la enfermedad epidémica de Poyo; por el licenciado en medicina y cirugía D. Luis Rodríguez Seoane.—Causa de las fiebres intermitentes.—Cuestión sobre Hipócrates.—PRENSA MEDICA. Medicina. Escorbuto: tratamiento que emplea el Dr. Skoda. —Blenorrágia: fórmula que usa el Dr. Clerc.—Terapectica. Vaginitis ó inflamación superficial del cuello del útero: tratamiento por medio de la pomada de tanino.—Belladona: propiedades anafrodisíacas de esta planta.—Inyecciones nasales medicinales: buenos efectos de las mismas.—Higiene. Vacuna: nuevo método de conservarla.—Botánica. Plantas: nuevo método de conservarlas.—ASUNTOS PROFESIONALES. Médicos forenses.—VARIACIONES. Un buen ejemplo.—D. Diego Argumosa.—Forzosa defensa.—Hospital de dementes de Toledo.—Disposicion digna de aplauso.—Invitación.—CRONICA.—GACETA DE EPIDEMIAS.—VACANTES.—ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.—ANUNCIO.—SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.—ADVERTENCIAS.

Madrid 25 de Setiembre de 1859.

CUATRO PALABRAS

SOBRE EL PROGRAMA DEL MANICOMIO MODELO.

Aunque no sea yo, señores redactores, ni mucho menos, director de un establecimiento de dementes como los Sres. D. Lucas Guerra (de Valladolid), y D. Antonio Fadon (de Mérida), soy al cabo un médico, que puede estimar, mejor ó peor, la crítica que tan ilustrados y apreciables compañeros han hecho del programa de Manicomio modelo, recientemente publicado por el Gobierno.

Mis opiniones son casi por completo contrarias á las suyas, y me inclino á creer que muy de intento, despues de madurísima meditacion, se han hecho las omisiones que advierten en el programa y reputan como faltas más ó menos notables. Segun mis noticias, el programa publicado no pasa de ser un brevisimo extracto de un largo y meditado informe del Consejo de Sanidad; y es bien seguro que esta corporacion ha de haber ventilado una por una, antes de estenderle, esas y otras muchas é importantes cuestiones, teniendo presente cuanto sobre el asunto se ha escrito de algun interés en lo que va de siglo, y tambien los planos de los principales establecimientos de Europa y de América.

Voy pues á examinar sucesivamente las faltas que en el programa han advertido aquellos apreciables especialistas, y á manifestar mi dictámen respecto á ellas, siquiera salga éste á luz desautorizado, por la oscuridad y la incompetencia de mi persona.

Tanto el Sr. Guerra, como el Sr. Fadon, notan en primer lugar que no se ha dado importancia en el proyecto de Manicomio al principio general de clasificacion de los enfermos. Quisieran, por lo visto, que en cada una de sus dos secciones, en cada departamento de estas, y aun en cada cuartel de los que se establecen, hubiera una subdivision para cada variedad de trastorno mental; y lo quisieran para que reunidos así los que sufren un mismo padecimiento, ó fuera más sencilla y ordenada su asistencia, ó no se trastornara más la estraviada inteligencia de los pacientes, confundiendo los enagenados de distinta índole.

Ocúrreme en primer lugar que nada hay fijo ni constante en punto á clasificaciones nosológicas, no digamos de las enfermedades mentales, pero ni aun siquiera de las más comunes dolencias; que la clasificacion más aceptable para unos médicos deja de serlo para otros; que la preferida hoy es desechada mañana, sucediéndose unas

á otras, como las hemos visto sucederse hasta el día. ¿Debe, pues, erijirse un establecimiento de dementes, destinado á durar siglos, en conformidad á una nosología pasajera é insegura? ¿No será más cauto adoptar una base de division esencialmente práctica y por lo tanto duradera?

Consideren además que la division adoptada para el Manicomio modelo, no se opone de ninguna manera á las subdivisiones que los médicos encargados de su asistencia estimen oportunas, para el más fácil y favorable tratamiento de los enagenados. La estension ó amplitud de los cuarteles; la separacion de las habitaciones en los de pensionistas; la distribucion en células de los agitados y súcios; la separacion de los dormitorios; la disposicion misma en que deberá construirse cada cuartel, han de permitir á los médicos, ahora y en las venideras edades (cuando ni aun memoria haya de las clasificaciones del día), separar más ó menos completamente á los enfermos segun convenga mejor á sus miras terapéuticas. Adviértase que estas divisiones médicas, que cada uno varía y los tiempos cambian, tocan mejor á los facultativos encargados de la asistencia del Manicomio que al arquitecto que le construya. La única condicion que el edificio debe tener es de capacidad suficiente, y divisiones que permitan adoptar las separaciones que los médicos gusten hacer con una mira científica.

De forma que hubiera yo reputado más bien como una falta que como una perfeccion, la fabricacion de un edificio imprevisiblemente acomodado á miras teóricas del momento, y dividido con arreglo á una determinada nosología mental.

Por otra parte ha debido tenerse presente, que las subdivisiones muy multiplicadas darian al Manicomio una estension enorme; que harian sin necesidad su coste muy superior á los medios con que el Gobierno cuenta para construirle; que dificultarian mucho el servicio, y hasta podrian oponerse al buen orden que en un vasto establecimiento de esta clase debe reinar.

Como los enfermos de cada especie de enagenacion no habian de ingresar á medida que quedaran desocupadas en cada cuartel las localidades para recibirlos, sucederia con suma frecuencia que mientras unos cuarteles estaban casi desocupados, en otros no podrian admitirse por falta de local; resultando, como consecuencia indeclinable, que muchas veces, en un establecimiento capaz para el albergue de 500 acojidos, solo podrian recibirse hasta 300; por cuanto los que solieitaban ingreso no correspondian á la clase ó variedad en que habia vacantes.

Ni aun se debería en tal caso trazar el programa de un establecimiento de dementes sino por los médicos destinados previamente á asistirle (si era posible que siendo varios se pusieran de acuerdo); como que solo ellos le podrian dividir en conformidad á la nosología mental más de su agrado. Y cuando fallecieran ó fueran reemplazados por otros, habria necesidad de acomodar el edificio á su clasificacion favorita.

Esto, ya conocen mis estimados compañeros que no puede ser. La condicion esencial se reduce á que tenga cada cuartel capacidad suficiente y disposicion favorable para que los médicos puedan establecer las separaciones que estimen oportunas, condiciones que sin disputa habrá de reunir en alto grado el Manicomio modelo.

A las precedentes consideraciones, pudiera agregar otras muchas; pero juzgo innecesario estender desmedidamente un escrito que, despues de todo, ha de resultar largo. Solo añadiré aquí,

en defensa del proyecto de Manicomio, los siguientes párrafos que tomo de la página 82 de la conocida y excelente obra de Mr. Parchappe:

«La subdivision de un asilo de enagenados en cuarteles distintos para la clasificacion de los enfermos, reducida á su destino esencialmente práctico, no debe ni puede corresponder á las clasificaciones científicas, tales como pueden establecerse en los tratamientos patológicos. No es necesario que realice absolutamente todas las posibilidades de clasificacion que la terapéutica puede juzgar teóricamente útiles. Conviene no perder de vista, que para llenar las indicaciones accesorias, accidentales y aun individuales, debe ofrecer cada cuartel condiciones particulares de clasificacion secundaria.

«En medio de la divergencia y de la multiplicidad de miras que pueden surgir de la consideracion del estado de los enagenados, y que se irraducen, con impertinente confusion, en los numerosos ensayos de clasificacion propuestos por los autores, no puede esperarse llegar á fijar con solidez los principios de clasificacion de los enfermos en sus relaciones con la subdivision del asilo en cuarteles, sino bajo la condicion de decidirse á subordinar constantemente las concepciones teóricas á la utilidad práctica.»

Dando yo el valor debido á todas las precedentes consideraciones, me inclino á creer que en los autores del proyecto de Manicomio, sean quienes fueren, más bien ha habido esquisita prevision y detenido estudio que el capital descuido que el Sr. Guerra les atribuye. Los médicos podrán, sin duda alguna, cuando el proyecto establecido se haya construido, llenar el fin práctico que aquel entendido profesor desea, aunque este fin no se haya manifestado en el plano del edificio. Respecto á los que han de estar en habitaciones independientes ó en células, la separacion está hecha, sobre todo si las habitaciones ó células no se hallan juntas, y habiendo dormitorios de diferentes capacidades, diversos talleres, etc., para los tranquilos, la separacion en grupos depende de la voluntad del médico. Si la separacion de las variedades diversas de enagenados se admitiera como principal base de la division de un Manicomio; si se hubiera de atender á las diversas clases y variedades de la dolencia, y hasta á las condiciones individuales y á las causas del trastorno mental, como parece indicar el Sr. Guerra, bien puede sentarse el principio absoluto de que cada acojido en un establecimiento de dementes debería tener su habitacion separada, menos en tal ó cual caso, que de su reunion creyese el médico reportar alguna ventaja. ¿Hay dos enfermos ni siquiera muy análogos? Pero yo entiendo que en vez de establecer la separacion como regla general, y la reunion como escepcional, vale más proceder á la inversa.

En cuanto al ejemplo que el Sr. Fadon presenta de los casos en que sea la luz dañosa, ¿hay fundamento acaso para temer que en el establecimiento proyectado falte habitacion en que colocar á los que se hallen en tales circunstancias, ni se carezca de persianas, ó cortinas, ó puertas con que moderar á voluntad la accion de la luz? Estos son detalles que no deben, que no pueden figurar en un programa; porque fuera hasta una ofensa á los arquitectos el advertirles semejantes detalles.

Voy á pasar á otro punto.

El Sr. Guerra cree que en el programa se ha debido establecer un cuartel de tratamiento, te-

meroso de que el servicio no se haga en otro caso con la regularidad y buen orden debidos.

Desde luego ocurre que hay una contradicción demasiado manifiesta entre el pensamiento de reunir en un cuartel los que se hallen en tratamiento, y el de formar cuarteles distintos para cada clase y variedad de las afecciones mentales; y la contradicción resalta tanto más, cuanto que la necesidad de la separación es mayor en los que se reputan curables y se someten á tratamiento. Pero sea cual fuere la explicación que de esto dé el Sr. Guerra, siempre resultará que los pensionistas y furiosos deberán tratarse con independencia en sus habitaciones ó celdas, y que no puede resultar respecto á los tranquilos, desorden ni irregularidad tratándoles en su cuartel correspondiente, sobre todo pudiendo reunir el médico, en una ó más salas, chicas ó grandes, si quisiera, los que someta á tratamiento.

Advierte el Sr. Fadon que á escepcion de los tranquilos limpios, todos se confunden con los agitados en el cuartel que se les destina; y supone que los sùcios serán malísima vecindad para ellos. Pero, ¿quién dice que no deba haber separación é independencia entre los unos y los otros? ¿Qué se opone tampoco á que las habitaciones de los agitados formen grupos distintos ó estén aisladas, para que los ruidosos no exalten más á los irritables, etc.? En el pensamiento de este gran establecimiento no cabe la mezquina idea de unas cuantas galias ó jaulas, juntas unas con otras. De seguro lo entenderán los arquitectos de manera muy distinta. No podía descenderse á tan minuciosos detalles en un programa. Eso corresponde á los profesores de arquitectura; quienes tendrán sin duda presente el detestable efecto que haría la mezcla de los intranquilos limpios con los sùcios, con los ruidosos, etc. Si todo se diera determinado á los arquitectos, ¿qué les quedaria que hacer? ¿Cómo habian de desplegar sus conocimientos y su génio?

Ahora advierto que va haciéndose demasiadamente largo este artículo, y que no puedo comprender en uno solo cuanto me ocurre decir sobre el asunto. Seguiré en el número próximo, si esa redacción es bastante bondadosa para dar á este artículo la propia acogida que dió el año anterior á los que escribí sobre baños minerales.

Es de Vds. con la mayor consideración,

Patricio Alvarez.

Reseña monográfica de la enfermedad epidémica de Poyo; por el licenciado en medicina y cirugía D. Luis Rodríguez Seoane (1).

VI.

Si hubiese por mi parte inseguridad en el modo con que acabo de considerar las fiebres que han reinado en Poyo, confieso que con temor entraria ahora en esta parte de mi reseña, obligado á dar cuenta de los medios puestos en práctica para combatir esta epidemia.

Para los que creen que la única piedra de toque en que deben ponerse á prueba las teorías, es el crisol terapéutico; para los que han grabado en el código de sus deberes, como lema de conducta médica, aquel aforismo del padre de la medicina, *naturam morborum curationes ostendunt*; para estos espíritus que quieren gobernar exclusivamente la ciencia de curar con la lógica de los hechos, con la filosofía *à posteriori*, la descripción del tratamiento por mi empleado era seguramente la parte más vulnerable y ocasionada á dudas de este insignificante trabajo.

Anticipadamente pudiera desarmarlos con las significativas frases que uno de los médicos más eminentes de nuestra época, el Dr. Andral, estampó en un informe remitido á la Academia de medicina de París, sobre los diversos medios empleados para combatir las fiebres. «He visto, dice, que con todos los tratamientos terapéuticos, se curan y se mueren los enfermos.» No pretendo, no obstante, circunscribirme al estrecho círculo del escepticismo terapéutico, y sin caer en este extremo, ni menos en el empirismo hipocrático, dejaré al juicio de todos, hasta qué punto están de mi parte los resultados estadísticos que arroja la epidemia de Poyo.

Mas antes de tocar este punto, creo oportuno dar cuenta de las medidas higiénicas que, de acuerdo con la autoridad y junta sanitaria de provincia, se pusieron en práctica.

Al esponer la etiología de la enfermedad en cuestión, no pude menos de mencionar la parte que en la producción y desarrollo de esta debía haber á las circunstancias higiénicas desfavorables de la localidad.

Fué necesario por lo tanto aconsejar á los habitantes de Poyo que dejaran de usar de los mariscos y pescados

poco frescos. Fué preciso sanificar algunos lugares á la entrada de cuyas casas existían grandes depósitos de estiércol y de cieno apilados, mandándoles alejar á lo más distante de sus heredades los manojos del lino que despues de la maceración ponían á secar. Fué igualmente preciso prevenir la limpieza en las cuadras y corrales y ventilación de las mismas casas, en cuyo reducido espacio habitaban casi vergonzosamente confundidos con el ganado. Se inspeccionaron las carnes y demás alimentos que al público se espendían.

Las celosas autoridades y el médico, al adoptar estas medidas higiénicas ó otras parecidas, tropiezan siempre con los insuperables obstáculos de la miseria y falta de recursos que afligen en Galicia á las desgraciadas clases proletarias; tropiezan con el abandono, la ignorancia y descuido de las juntas de sanidad rurales, con las malas prácticas que sanciona la rutina, y con la necesidad sobre todo en que viven estos pueblos de la asistencia facultativa, de que casi todos carecen.

Tales circunstancias son de una influencia trascendental en estos casos. ¿No empezaba á apoderarse la consternación y el terror de los pobres habitantes de Poyo al ver sobre sí y amenazándoles esta plaga epidémica, que al postrarles en sus miserables lechos, venia con más horror á hacerles sentir los rigores de la escasez, de la miseria y de las necesidades?

¿Hasta qué número hubieran sucumbido al peso de tan terrible situación, si por orden de la autoridad superior de la provincia no se hubiera tratado de atender al suministro de los medicamentos y de las primeras sustancias alimenticias que empezaban á usar los enfermos?

La falta tambien de asistencia facultativa y de médicos titulares que existe en las poblaciones rurales de esta provincia, es un mal demasiado apremiante para que no urja su remedio. Con laudable insistencia y redoblado celo trata de ocurrirse á esta sensible falta por parte de la digna autoridad á quien van consagradas estas líneas. Mientras tanto no se lleve á cabo el planteamiento de esta medida, las juntas de sanidad rurales vivirán sin acción, careciendo de la iniciativa y vida científica que debía el profesor de la ciencia de curar comunicarles como individuo nato de estas corporaciones; las mismas enfermedades epidémicas, desconocidas y descuidadas en su principio, tomarán siempre un temible vuelo, que no bastarán á atajar despues los previsores esfuerzos de la más estricta policía sanitaria.

Las juntas de sanidad rurales, comprendiendo por lo tanto su misión, podrán en lo sucesivo prevenir esas construcciones de casas en parajes cenagosos y poco sanos, grupos de casas terrizas, sin ventanas y desprovistas por lo tanto de ventilación, casas que se asemejan á las chozas iroquesas, que carecen de piso, de departamento distinto para los animales; casas, en fin, en donde no penetran ó se vician en su reducido espacio los agentes naturales indispensables para la vida, y cuyas malas condiciones tan profundamente minan la salud. En conformidad con los adelantos de la ciencia, prevengan esas juntas rurales que toda nueva habitación que se edifique, mida por lo menos 350 pies cúbicos de aire atmosférico, ya que los experimentos de Lavoissier y Laplace, de acuerdo con las modernas investigaciones de Londe y de nuestro compatriota Monlau, manifiestan que la cantidad de oxígeno indispensable para las funciones hematóticas, viene á ser por hora un pie cúbico próximamente.

Véase, pues, con cuánta razón, sabiendo la cantidad proporcional de este gas que entra á formar el aire atmosférico, es indispensable que las habitaciones midan la porción dicha de aire respirable, mucho más las habitaciones de los enfermos, que con sus emanaciones y los efluvios epidémicos que exhalan, vician más pronto estas atmósferas, lo que en condiciones dadas nos pone en el caso de aconsejar el aumento de los pies cúbicos de este gas.

Diremos, pues, en resumen, que del planteamiento de las prudentes medidas sanitarias y la adopción de los preceptos de la higiene, de esta parte tan esencial de la ciencia de curar respetada por los envenenados y escepticos tiros de Rousseau, pueden en mucha parte prometerse los gobiernos la sanificación de las localidades y la destrucción de esos focos engendradores de enfermedades epidémicas, con lo que se habrá dado el paso más gigantesco hácia la inespugnable barrera de su tratamiento profiláctico.

Nada más indispensable para la acertada terapéutica de las enfermedades, que el conocimiento de su patogenia. Siéndome, pues, conocida la de las calenturas gástricas y tifoideas de Poyo, paso á esponer razonadamente los medios elejidos para cubrir las diferentes indicaciones que he formado en el trascurso de estas enfermedades.

Dos principales eran en mi concepto las que se hacia indispensable cubrir en las calenturas gástricas: espulsion de los materiales alimenticios detenidos en el tubo digestivo, y medios que contribuyesen á prevenir y neutralizar las reabsorciones miasmáticas á que dan origen los materiales indigestos. La medicación, pues, evacuante, pero echando mano de los medicamentos suaves, cuya acción fisiológica no desarrolla esas flegmasias ó irritaciones violentas del tubo digestivo, fué la que muchas veces me suministró sus armas para combatir con resultado estas calenturas en su primer setenario. Cuando era avisado en los primeros dias de la indisposición, apelaba por lo comun al uso del agua ligeramente emetizada, y mejor á la ipecacuana, con cuyos medios, promoviendo el vómito, me ponía despues en el caso de dominar mejor la calentura, ya con las cortas aplicaciones de sanguijuelas al epigastrio, ó ya tan solo con el uso de las bebidas diluyentes y mucilaginosas.

Cuando sospechaba que los materiales indigestos no ocupaban las primeras vias, recelando el tránsito de las calenturas á tifoideas, entonces echaba mano por lo general de los purgantes salinos minorativos, y especialmente y con preferencia del cremor de tartaro. La predilección con que preferia el uso del cremor á otro minorativo, es porque á la vez cubria con su uso dos indicaciones: promover, primera, ligeramente el movimiento peristáltico intestinal, y la segunda oponerme á la septicidad de las saburras y materiales detenidos, por las propiedades atemperantes y acidulas de esta sal. De ahí, pues, el uso que hice con frecuencia en los enfermos de Poyo de las naranjadas y misturas cremorizadas, cuya acción antiséptica aumentaba en estas últimas con la adición de alguna cantidad del extracto seco de la quina. Solia á beneficio de estos medios limpiarse y humedecerse la lengua, rebajándose la calentura.

Más complicados y menos uniformes eran los medios terapéuticos desplegados en las fiebres tifoideas. Siendo en el mayor número de casos la forma adinámica la que más predominaba en los atacados de fiebres en Poyo, predominio que sobradamente nos explica el género de vida de estos individuos, cuyo sistema nervioso poco desarrollado y falta de excitaciones, se encuentra al parecer dominado y encubierto por los sistemas muscular y circulatorio, razonable era que todas las tendencias se dirigiesen á sostener las fuerzas y evitar la postración. Por esto, y para neutralizar las intoxicaciones sépticas, el uso de las limonadas minerales y vinosas, y los tónicos y antisépticos, como los diferentes cocimientos que en nuestra farmacopea llevan este nombre; apelando tambien, cuando los efectos no correspondían, al uso del valerianato de quina, con cuyos medios más de una vez triunfé de esos estados adinámicos en que la postración era suma, el estupor marcado, la debilidad considerable y las deposiciones involuntarias. El mismo valerianato de quina, el acetato de amoniaco y los revulsivos supuratorios á la nuca y á las extremidades inferiores, consiguieron en algunos casos combatir con ventaja los estados atáxicos en que los saltos de tendones y el delirio revelaban el padecimiento profundo del sistema inervador. Sin temer nunca las escaras gangrenosas que recelan algunos prácticos en las superficies ulceradas de los vejigatorios, les he visto con eficacia en algunos casos oponerse á los desórdenes de la inervación y prevenirlos siempre. No menos eficaz tambien, tuve ocasion de observar la acción del acetato de amoniaco. Las virtudes medicinales de esta sustancia la hacian para mí muy apropiada para combatir el entorpecimiento que sobrecojia á las funciones orgánicas en los fuertes desórdenes de la adinamia y la ataxia: promovia los sudores críticos por la acción diaforética de que justamente goza, y tenia sobre todo una acción reguladora especial sobre los grandes centros nerviosos, donde á veces se localizaba la causa tifoidea. Mucho nos han hablado ya los médicos de los buenos efectos con que se emplean los preparados amoniacales para corregir la embriaguez y la corea alcohólica. Pues bien; ¿qué vienen á ser en último resultado las lesiones cerebrales que sobrevienen en el curso de la fiebre tifoidea mas que desórdenes funcionales, irregularidades inervadoras, análogas por demás á las que promueve el uso de las bebidas espirituosas? Se dirá que el acetato de amoniaco no puede ser un sedante del cerebro; pero aunque así sea, ¿acaso el delirio, la soñolencia, el coma y el sopor son producto siempre de la flogosis de este órgano?

Por último, he puesto en uso tambien, en la curación de estas enfermedades, la sangría general, y en el mayor número de casos las evacuaciones sanguíneas locales.

Debo decir, sin embargo, cómo y cuándo se pusieron en práctica estos medios. Aunque la fiebre tifoidea es una enfermedad esencial, cuya causa obra á la vez sobre todo el organismo, queda dicho ya que á veces se localizan sus efectos en órganos ó sistemas más ó menos importantes; debo tambien decir ahora, que las reacciones circulatorias que á veces se desenvuelven, parecen propiarse en algunos temperamentos de aquel grado medicinal indispensable para neutralizar ó eliminar el principio morbífico. Cuando esto observaba, pues que era por lo comun en sujetos plétóricos y bien constituidos, la sangría general me surtió buen resultado, pero únicamente para despejar á la enfermedad de este disfraz inflamatorio con que ciertas circunstancias individuales obligan á revestirla; sin abusar nunca de esos estados de fuerzas que, á pesar de todo, tienden constantemente á abatirse, y á quienes en los momentos críticos y solemnes para la vida del enfermo, puede reducir á la impotencia la postración y la adinamia.

No así las cortas emisiones locales. Rara vez dejan, en la marcha de las fiebres, de observarse síntomas congestivos en algunos órganos, bien los del cerebro, bien los del estómago, bien los del pulmon, y bien por fin los que caracterizan las congestiones intestinales.

Este fenómeno, que estravió á algunos prácticos hasta el punto de constituir en primordiales estas lesiones deuteropáticas ó secundarias, reclama á pesar de todo en algunos casos un tratamiento subordinado á la importancia de ellas mismas; pero tratamiento que no puede prejuzgar en nada la naturaleza de la enfermedad principal, como tampoco están en armonía con ella los medios empleados por todos los prácticos para combatir una epistaxis abundante ú otro cualquier accidente que por sí amenaza concluir con la vida del enfermo. Usé pues, en estos casos, algunas sanguijuelas detras de las orejas y en el trayecto de las yugulares, para disminuir las congestiones capilares del cerebro, y en la region infra-clavicular y en varios puntos de las paredes abdominales, para oponerme y prevenir las del pulmon y los intestinos.

(1) Véase el número 297.

Este ha sido, pues, el tratamiento terapéutico puesto en práctica para combatir la enfermedad que epidémicamente ha reinado en Poyo; y si en esta, como en las demás individualidades morbosas que forman el vasto campo de la patología, son dignos de invocarse los resultados estadísticos, no será seguramente la enfermedad en cuestión la que de algún modo pudiese desairar la importancia curatriz de los medios terapéuticos empleados.

Trascribo por eso a continuación el resumen de los estados que en cumplimiento de mi deber he presentado a la autoridad superior de la provincia, y que hasta cierto punto podrán servir de comprobantes de las escasas apreciaciones que sirven de asunto a esta reseña.

Resumen de los estados.—Hubo enfermos: De calenturas gástricas, 40. De fiebres tifoideas, 121: total, 161. —Murieron, 4. Siguen enfermos, 11. Curaron, 146. Total, 161.

Luis Rodríguez Seoane.

Causa de las fiebres intermitentes.

«No cree, y hace bien, que necesariamente dependan de los miasmas palúdicos las intermitentes. ¿Cómo creerlo si se ven reinar en puntos elevados, secos y distantes de pantanos, de ríos, etc.?»

Leyendo estaba por primera vez este párrafo, del artículo crítico que Vds. publican sobre un escrito del Sr. Maestre de San Juan (Siclo Médico, núm. 286, 26 de junio de 1859, columna 17), y no podía persuadirme de que fuera otro y no yo el que hubiera mandado estamparle: tan conforme me hallo hace tiempo con esta doctrina. Busco el autor al pie y me encuentro que es un querido amigo, con quien hace años simpatizo. Cojo la pluma maquinalmente, y sin que sea bastante obstáculo la caducidad en que me hallo (1), principio a recoger observaciones con el fin de decirle, como lo hago por este escrito, que hasta en esto estamos conformes.

Desde tiempo inmemorial, se ha atribuido a las emanaciones palúdicas; pero acaso esta opinión, que en su origen se debió a uno, ha sido adoptada por todos sin parar mientes en ello. El Dr. David Macbride, dice, tomo 2, folio 56: «Las calenturas intermitentes son endémicas en las regiones pantanosas, en las que constantemente se padecen por primavera y otoño; pero en otros lugares son, generalmente, epidémicas, y esto por lo común en ciertos tiempos del año.»

Si se considera que las fiebres intermitentes son de todos los países, de todas las localidades, de todos los climas, de todas las estaciones (si bien acometen de preferencia en la primavera, y más que en el estío en el otoño) (2); que acomete a ambos sexos, a todas las edades y condiciones; que no en todas partes hay aguas estancadas, arrozales, etc., esto es, emanaciones palúdicas; necesidad hay de buscar otra causa, causa que sea general, causa común, que se halle hasta en el recinto del hogar doméstico, supuesto alcanza a los niños y otras personas que no salen de él. ¿Cuál podrá ser según eso la causa de las intermitentes? En mi opinión la baja temperatura (anormal) individual, por cambio brusco, a veces sin repetición; de modo que sea alta o baja la atmosférica, mientras el sujeto pueda permanecer en ella sin que le afecte, mientras le deja incólume, suba o baje, no hay para él cambio de temperatura.

Con frecuencia he visto en mi práctica (y lo mismo habrán observado mis profesores), crearse algunos sujetos fiebres intermitentes sin conocerlo y sin quererlo, estando sufriendo afectos catarrales con o sin fiebre: se constipa una persona, guarda quietud con abrigo en cama como es natural; por esto se alivia, y aliviado, se cree al día siguiente autorizado para abandonar todo método sin estar enteramente bueno: aquel día de alivio se espone a las mismas causas, y es el motivo de ponerse al siguiente como el día anterior o peor; repetidos los actos dos o tres días, se establece una fiebre intermitente. Además: ¿cuando recidiva un convaleciente de intermitentes? Cuando se espone a la impresión de una temperatura fría, al tránsito repentino de la sequedad a la humedad de las variaciones atmosféricas, cuando por ello se suprime repentinamente el sudor o la insensible transpiración.

En las estaciones de primavera y otoño, las variaciones atmosféricas son naturales; pero en estío es artificial, porque el individuo se la proporciona. En esta estación, en que la temperatura está más o menos elevada, se buscan sitios bajos y húmedos, se apetece la frescura no solo al exterior sino al interior; de aquí resulta la falta de equilibrio entre el sistema capilar nervioso, único afectado (3), y el sanguíneo en la mucosa exterior o interior. Exagerado a veces el agente calórico en la piel, en la mucosa gástrica o pulmonal, por un exceso de acción individual o por una alta temperatura, apagada seguidamente por inyecta o aplicada fría, se sigue el aumento de acción de la otra, y la disminución debida de esta en que el frío ha obrado como sedante; a que se sigue la reacción o esfuerzo de la naturaleza para restablecer el equilibrio fisiológico: según es la causa es el esfuerzo; si exageración hubo en una, no

menos se necesita en este. *Consensus unus conspiratio una est.*

Esto supuesto, el agente que causa las fiebres intermitentes puede, según dicha opinión, obrar sobre la piel, ya por estar la temperatura elevada, como en estío, etc., por haber hecho el sujeto un ejercicio muy activo, o haber estado en cama o en pieza caldeada y haber pasado a un extremo opuesto echándose sobre un sitio fresco, quitándose la ropa, disminuyéndola, etc., esponiéndose a la acción de una corriente de aire frío, metiendo el cuerpo en agua fría, mojándose con la ropa puesta y no mudándola, etc.

Sobre la mucosa pulmonal.—Mediante la respiración, cuando está el sujeto acalorado y se espone a la acción de un aire de menor temperatura que la de sus pulmones, de donde resulta la pérdida de acción de esta membrana, y se sigue el esfuerzo de la naturaleza.

Por la mucosa gástrica, o sea por el estómago, ingiriendo en él abundancia de agua fría o de frutas frescas y agua, con lo cual baja su temperatura natural y la de toda la máquina, teniendo la naturaleza que hacer esfuerzos para restablecerla.

Hufeland, tomo 1.º, folio 196, dice (como Macbride y otros autores): «Las causas predisponentes son la constitución endémica debida a los terrenos bajos y pantanosos y a las aguas estancadas.» Pero este en que escribo no es bajo sino relativamente a las sierras o alturas que dominan las colinas, ni es pantanoso, porque las aguas corren rápidamente, por lo que, y el cultivo, no se estancan. El mismo autor pone entre las causas ocasionales el enfriamiento.

Efectivamente, el punto en que me hallo y desde donde escribo, es un valle rodeado de sierras muy altas y compuesto todo de colinas más o menos elevadas, primorosamente cultivadas, y para ello sostenida la tierra por escalones o balcales con piedra seca, vestidas de viñedo, olivos, castaños y muchas clases de frutales (no se abusa aquí de este alimento, se vende en el campo a cargas, pero si de la uva), y las lindes, o pequeños puntos incultos, cubiertos de plantas aromáticas. El pueblo, edificado en la pendiente O. E. de una de aquellas. Las aguas se precipitan con rapidez, tanto las de las alturas como las de los diferentes manantiales que le riegan, y es su temperatura la de Madrid, y sin embargo las intermitentes aquí son endémicas.

Por lo demás, la malignidad de ellas (perniciosas), creo consista principalmente en las circunstancias en que se halla el enfermo, tales como el abandono en que deje su curación por algún tiempo, por pasiones de ánimo, por debilidad, sea por un estado de convalecencia, por falta de alimentos, por el abuso de la venus o del onanismo, por un estado valedudinario, etc.

La sangre de los sujetos que padecen intermitentes, siempre la he observado hallarse según el estado particular del paciente, fibrinosa en los robustos y preponderando el suero en los débiles o caquéticos.

Como por mi edad y ocupaciones me había propuesto no dar una plumada sobre ningún particular, no he recogido observaciones ni en invierno ni en la primavera; solo recuerdo las tres siguientes: un niño de edad de seis meses, bien constituido y robusto, hijo de padres bien acomodados, con motivo de sacarle a la cocina desnudo por las mañanas y tenerle así largo rato, cojió una afección catarral el 6 de marzo de 1859, en cuya mañana marcó el termómetro de Reaumur 9º sobre cero. Solo algunos ratos en que se hallaba muy afectado se mantenía echado y abrigado; despreciado todo, como no podía menos de suceder por la indocilidad del enfermito, resultó una intermitente terciana; una hermanita suya de edad de año y medio, contrajo por la misma causa una constipación el 9 del mismo marzo, en que marcó el termómetro 7º por la mañana, y no habiendo podido conseguir de ella que guardase cama y sudor, que interrumpía a menudo, resultó también una intermitente terciana.

N. C., de edad de 24 años, temperamento linfático-sanguíneo, escrofulosa, soltera; por haberse mojado los pies y espúesose a una temperatura baja, contrajo una fiebre catarral el 8 de febrero de 1859 en que marcó el termómetro R. 0º por la mañana y 4 a las doce de la misma (1), y no obstante guardar cama 3 o 4 días y sudar, se limpió algunas horas y quedó en intermitente terciana. Voy ahora a presentar algunos tipos de los muchos casos observados después que lei el párrafo que cito arriba.

D. R., temperamento sanguíneo, de edad 30 años, estado casado, de buen método de vida, empezó a segar heno 5 leguas de aquí en la sierra de Avila el 22 de junio de 1859 sufriendo grandes calores; bebía solo agua, dormía en el suelo en un saletón que tenía una gran ventana abierta, por las mañanas despertaba frío en razón al vienteillo que entraba; salía temprano a la siega, encontraba en el campo escarcha, y a la mitad del día y tarde el calor era casi insufrible. Estos cambios bruscos de temperatura hicieron su efecto, como no podía menos. A las tres de la mañana del 26 se sintió escalofriado, con pesadez de cuerpo, tos, cefalalgia, lumbago, encandimiento y aridez de lengua, y fiebre que le duró 12 horas poco más o menos; a igual hora le repitió por varios días, hasta que restituido a su casa tomó aquí el antitípico. ¿Cuál pudo ser la causa? Al parecer ninguna otra que los cambios bruscos de temperatura diametralmente opuestos.

M. G. B., temperamento sanguíneo-linfático, grueso, mucha estatura, de vida arreglada, edad 33 años, estado casado, fué a segar heno a la sierra de Avila el día 20 de julio de 1859: salía de casa del amo para la siega al amanecer, estando las mañanas sumamente frescas,

(1) Parecerá que en esta parte soy minucioso; pero teniéndole, como le tengo, en un balcón a la intemperie y llevando apuntaciones diarias, he querido obrar así.

permanecía todo el día, en su improbo trabajo, bajo la influencia de los rayos de un sol abrasador. El 23 se sintió con escalofrios, pesadez de cuerpo, dolor en las estremidades, tos, dolor en el torax, en la cabeza y espaldas, a que se siguió fiebre que le duró diez o doce horas; cedió ésta, y los síntomas no hicieron más que remitir. Al día siguiente volvió la fiebre a la misma hora y los síntomas la acompañaron con los mismos grados que el primer día. Así siguió cinco días, hasta que restituido a su casa y observado se le dió la quinina.

M. M., temperamento sanguíneo-nervioso, edad 30 años, estado casado, de vida metódica, de oficio serrador de maderas; hallándose algunos días hacia ejerciendo este penoso oficio, en cuyo tiempo comió poco de día, y en cambio bebía mucha y fresca agua de una fuente inmediata, de las que abunda este hermoso país; por las noches dormía en su casa y madrugaba para ir a su puesto, en un monte, bajo la influencia de los rayos solares del mes de julio de 1859, en que marcó el termómetro Reaumur casi constantemente 15º a las cinco de la mañana, 20 o 23 a las doce de la misma a la sombra, y a las seis de la tarde al sol 35; se sintió, sin causa conocida mas que la alternativa de enardecerse con el sol, y enfriarse por las madrugadas y beber agua fresca, el día 26 por la mañana con escalofrios, cefalalgia, lumbago y fiebre, que le duró seis horas, repitió al día siguiente y hasta cuatro diarias.

I. C., temperamento sanguíneo linfático, edad 38 años, estado casado y metódico; teniendo que salir al campo a cavar (binar) a las cuatro de la mañana para regresar a las once, según costumbre del país, en razón de los grandes calores del estío, se quedó seis u ocho horas a dormir en su balcón, sin cubierta; sin otra causa conocida, el 26 de julio (marcó el termómetro R. 14º a las cinco de la mañana, a las doce 21 a la sombra y al sol a las seis de la tarde 32), salió de casa por la mañana y sintió escalofrios, cansancio, cefalalgia, lumbago y fiebre que duró nueve horas; repitió diariamente hasta cinco, y cesaron tomando el antitípico.

Me abstengo de citar más casos de este sexo y edad, por las mismas causas de mojarse los pies, por no molestarle ni molestar al lector.

Dos niños de uno y otro sexo, edad un año, en estado de lactancia, hijos de diferentes familias, pero parecidos entre sí en razón a su obesidad, blancura y color encendido de sus rostros, fueron acometidos de fiebres tercianas en los días 16 uno y 17 otro de agosto de 1859, en que marcó el termómetro de R. 16, 28 y 31º en las tres épocas del día, atribuyéndose únicamente a haberles puesto en cama, ya de día ya de noche, varias veces en pelota (1), o despojados de toda ropa. Estos eran los únicos tipos de su edad.

R. C., de temperamento sanguíneo linfático, edad 15 años, soltera, sirvienta y dedicada a oficios domésticos; con motivo de marcar el termómetro Reaumur en la última semana del mes de julio de 1859, 14º por la mañana, 22 a las doce a la sombra, 33 al sol a las seis de la tarde y 24 al anochecer, dió en acostarse por las noches en su balcón sin cubrirse. El 25 se sintió con escalofrios, dolor de cabeza, de cuerpo, tos, sed y fiebre; repitió algunos días a la misma hora, durándola cada uno 16 horas, hasta que tomó el medicamento indicado.

N. C., de edad 16 años, temperamento sanguíneo, soltera, hija de familia y dedicada a labores domésticas y a ir algunas tardes al pinar por un haz de leña; con motivo de los grandes calores (marcó el termómetro R. 15º a las cinco de la mañana, 22 a las doce a la sombra, 33 al sol a las seis y al anochecer 25), se quedó tres o cuatro noches en el balcón de su casa sin cubrirse, y el día siguiente 26 de julio de 1859 se sintió acatarrada, con cefalalgia, malestar general y fiebre que duró 48 horas; se limpió, repitió al tercer día, y siguió hasta que hizo uso del medicamento conocido.

Podría citar otras que se han quedado en cama por las noches, han tirado la ropa a deshora y han tenido igual resultado. Otras que han metido los pies en agua fresca en el campo al paso que se insolaban.

S. B., edad 40 años, temperamento sanguíneo, casado, oficio arriero: estando en viaje le cojió el 23 de agosto por la tarde en un camino una fuerte chubasco de agua de nublado que le caló la ropa; a su llegada a la posada la colgó toda y se acostó en el suelo, según costumbre, con solo la camisa aun mojada. Ninguna novedad tuvo hasta el 27 en que se sintió desazonado, o como él decía, con mal cuerpo: restituido al seno de su familia, le acometió el 29 por la tarde una gran calentura, con dolores de cuerpo y miembros, sed, etc. Este sujeto, que nunca ha padecido dolores de cabeza, sufría en su defecto neuralgia abdominal trasversal cruel. Aunque sudó copiosamente durante 48 horas, limpio a las 24, sobrevino otra el 31 a la una de la mañana.

Otro arriero, y otro que no lo es, pero ambos vecinos del pueblo, quienes tuvieron la desgracia de mojarse por la misma nube lejos de aquí y acostarse también con la ropa mojada, vinieron con intermitentes tercianas.

En este mes de agosto que ha marcado el termómetro R. 16º a las cinco de la mañana, 23 a las doce a la sombra, 33 a las seis de la tarde al sol y 25 al anochecer, plus minusve, un día con otro, he tenido, con motivo del calor y fresco que se proporcionaban los sujetos, además de intermitentes diarias, tercianas y cuartanas, muchos enfermos con fiebres catarrales gástricas agudas, algunos de gravedad: a beneficio del plan curativo desaparecía la catarral, a más o menos días la gástrica; seguidamente se limpiaba algunas horas y se declaraba una intermitente diaria de incierta hora de invasión.

Tengo para terminar el honor de opinar y repetir con su periódico: «No cree, y hace bien, que necesariamente dependan de los miasmas palúdicos las intermitentes.»

(1) El Sr. D. Andrés Casado y Negro, que suscribe este artículo, es un anciano de 74 años, venerable, ilustrado y celosísimo, que ha publicado numerosos escritos en el Boletín de Medicina, y cuyo amor a la ciencia y a la profesión no alcanza a entibiar la nieve de la edad. ¡He aquí un nobilísimo ejemplo digno de ser imitado! Bien se comprende que se afane un joven y trabaje; como que de esa suerte puede alcanzar posición y fortuna; pero es necesario un temple de alma muy elevado para que un anciano, maltratado por la suerte, que ha pasado su vida en los pueblos, conserve el entusiasmo científico que nuestro querido amigo el señor Casado Negro.

(2) En el invierno, sobre ser constante el frío, se precave la gente.

(3) Supuesto que el sudor con que comunemente termina la fiebre intermitente indica que el vascular está íntegro.

(1) Voy de este país y de nuestro Diccionario.

¿Cómo creerlo si se ven reinar en puntos elevados, secos, y distantes de pantanos, de ríos, etc.?

Santa Cruz del Valle, setiembre 8 de 1839.

Andrés Casado Negro.

Question sobre Hipócrates.

ARTÍCULO III.

Es preciso ignorar completamente los primeros rudimentos de la historia de la medicina para decir, como con la mayor arrogancia y echándola de maestro dice el doctor Mata: «Os he dicho y demostrado que esa celebridad (Hipócrates) no inventó la medicina, y que no lo debió todo a su propia observación, a su experiencia personal.» (Pág. 16.)

¿Como si los ilustrados individuos de la Academia de medicina de Madrid necesitaran aprender del doctor Mata!!!

He dicho y repetido, digo y vuelvo a repetir, que el doctor Mata está muy poco versado en la historia de la medicina; pues quien tal dice debe hallarse *tantum tabula rasa* en la parte que tiene relación con la medicina anterior a Hipócrates. El pasaje citado es el mejor comprobante.

Basta hojear las primeras páginas de la historia médica, para aprender que anterior a Hipócrates hubo una medicina, ejercida primera y exclusivamente por los sacerdotes, y después por los filósofos médicos. Escribo solamente para el doctor Mata.

Los descendientes de Esculapio llegaron a formar una familia conocida bajo la denominación de *Asclepiades*. Todos sus individuos ejercían por derecho la medicina: ella pasaba tradicionalmente de padres a hijos, y uno de sus juramentos era no enseñar la medicina mas que padres a hijos, o a los hijos de sus maestros. Diez y nueve generaciones estuvo vinculado entre ellos el ejercicio médico.

Entre los ascendientes de Hipócrates señala la historia como médicos célebres a Apolo, padre de Esculapio; a este, a Machon y Podalirio, hijos de Esculapio; a Nicomaco, Gorgaso, Siro, Alexagor y Polemócrates, hijos de Machon; a Hipoloco, hijo de Podalirio; a Sostrates I, a Dordano, a Cleomide I, a Crisamis I, a Teodoro I, a Sostrates II, a Crisamis II, a Cleomide II, a Teodoro II, a Sostrates III, a Nembro, padre de Hipócrates I, a este, padre de Hipócrates II, del que nos ocupamos.

Hé aquí la razón y los datos con que nos fundamos para decir: «que Hipócrates entresacó de las preciosas tradiciones de sus abuelos, materiales para labrar su propia gloria y la felicidad de sus semejantes; que coordinó las verdades ya recogidas; que descubrió otras nuevas y las hizo girar sobre la experiencia y la razón.»

Los Asclepiades se dividieron en muchos ramos, se establecieron en muchos puntos y fundaron las escuelas de Rodas, de Cnido y de Coos. La primera duró poco, por la interrupción de los Asclepiades; pero las otras florecieron y llegaron a rivalizar en gloria. Pitágoras, natural de Samos, después de haber recorrido la Grecia y el Egipto, con cuyos sacerdotes tuvo grandes relaciones, estableció una escuela en Crotona, en la cual reunió la de Cnido y la de Coos, bajo la denominación de escuela *italica*, de *Crotona* o *pitagórica*. De esta salieron muchísimos médicos muy célebres, siendo del número de ellos Empedocles, Diágoras, Apolonides, Egimo, Eurifon, Anaxágoras de Calzomenia, Epicarme y los médicos *Peurodeutas*, que eran ambulantes, como los hay ahora también. Todos estos eran médicos y filósofos.

Tal era el estado de la medicina anterior a Hipócrates. En estos antecedentes nos fundamos para decir: «que antes de este gran médico existió una medicina científica, y que las obras de Hipócrates eran el resultado de muchos esfuerzos reunidos, de muchos siglos y de muchos hombres.»

Entre esto y lo que nos imputa el doctor Mata, «que los exagerados panegiristas de Hipócrates le suponen como el fundador y el inventor de la medicina, y sus obras producto de su propio trabajo y de su experiencia personal,» hay tanta diferencia como de la verdad a la mentira.

Como el doctor Mata ó tiene la desgracia siempre ó se propone llevar la contraria, nos dice que Hipócrates nació 440 años antes de Jesucristo. (Pág. 12.) Todos los más célebres historiadores y comentaristas del padre de la medicina convienen unánimemente en que nació el primer año de la Olimpiada LXXX, que equivale al año 460 antes de Jesucristo, 318 antes de la fundación de Roma y 50 años antes de la guerra del Peloponeso. Así es que ya tuvo ocasión de hablar de los cirujanos militares, sobre las heridas y enfermedades del ejército. (En su libro del *Médico*.)

Hipócrates tuvo por maestros a su abuelo Nembro y a su padre Hipócrates I, quien le enseñó la medicina; y aun cuando pasó a Atenas, no tuvo a Sócrates por maestro, sino al famoso sofista Georgias de Leontino, cuyo carácter filosófico le obligó a decir, que un *médico filósofo*, después de engañar a muchos, concluye por engañarse a sí mismo.

Hemos visto, en la comparación que el doctor Mata establece entre Sócrates é Hipócrates, asegurar que la filosofía de Hipócrates no era original, sino eminentemente socrática, *al menos en la intención*; y más adelante, «que era socrática entreverada de jónico, y de crotoniano y pitagórico.» (Pág. 14.) ¿No es lo mismo pitagórico que crotoniano?

Para probar este aserto nos dice: «Hipócrates estuvo en Atenas, allí estudió, y nada tiene de violento que, retirado luego a Coos, desenvolviese con la maestría de su talento y de su genio, más propio para la práctica que para la especulación, los principios filosóficos de Sócrates.» (Pág. 12.) (¿Qué mal viene este pasaje con aquel en que nos dice que Hipócrates fué forjador de hipótesis y teorías?)

Si rectificase siquiera el doctor Mata la época en que respectivamente nacieron Hipócrates y Sócrates, y la edad que este contaba cuando fué condenado a beber la cicuta! (Después de la batalla de Mantinea, época en que el populacho de Atenas no reconocía sagrado, ni ley, ni justicia.) Si estas circunstancias las hubiera tenido presentes, no habría cometido un error muy garrafal, tanto más notable en un hombre que juzga de la realidad de las opiniones de otros, por la intención.

¿No han llamado nunca la atención del doctor Mata los libros que escribió Hipócrates, titulado uno: de la *Antigua medicina*, y el otro *Sentencias cndianas*? Habría visto en el primero el estado en que se hallaba la ciencia antes del mismo Hipócrates, y en el segundo, un compendio de la medicina de la escuela de Cnido. Habría visto lo que dice Hipócrates de los médicos *cndianos*: «Los que han redactado estas sentencias han espuesto muy bien lo que se observa en las enfermedades; pero han olvidado lo que al médico conviene saber, la relación mutua de las enfermedades.»

Hé aquí cómo Hipócrates pudo aprovecharse de las buenas observaciones de los médicos *cndianos* y añadir a ellas

lo que faltaba; la correspondencia mutua de las enfermedades.

También escribió Hipócrates contra las imposturas de los Asclepiades; otra de las cosas que debió tener presente el doctor Mata antes de redactar su discurso. Lo trascrito por tres razones: 1.^a para que vea el doctor Mata los sentimientos que abrigaba el materialista jónico; 2.^a por la tendencia que a serlo tiene el doctor Mata; 3.^a para que sirva de lección a los discípulos del mismo, a quienes dice: «no os arredre el dictado de materialistas con que se os quiere espantar.» (Pág. 26.) ¡Buen consejo en boca de un maestro!

«Los que consideraron esta enfermedad (epilepsia) como sagrada y divina (los Asclepiades la denominaron así), debieron a mi parecer estar locos y ser unos ignorantes, y para cubrir su ignorancia llamaron a esta enfermedad sagrada, estableciendo una curación muy segura para ellos, las ofrendas y sacrificios. Los que tal digan y tal piensen son unos impostores del pueblo: su piedad es fingida, y más debe imputárseles por una impiedad. Si ellos pudieran oscurecer el sol y la luna; producir las tempestades y la calma; provocar la sequedad y las lluvias; secar el mar y anegar la tierra, si tal hiciesen por medio de encantos, aun serían impíos criminales. En vez de erigir holocaustos y sacrificios, que parte consumen en el fuego, valiera más que los llevasen a los templos y los dedicasen a Dios. Lejos de creer yo que Dios produce las enfermedades, como ellos dicen, pienso, por el contrario, que de Dios, ente purísimo, no puede emanar ninguna impureza, y que él nos purga y purifica nuestras culpas. Por esta razón debemos respetarlo en los templos, y ninguno que se considere impuro debe entrar en ellos; pero si entra, debe ser con la confianza de salir purificado, y jamás con la de salir más impuro.» (Libro de *Morbo-sacro*: Vers. de Vander-Linder.)

Se ve en este pasaje, «cómo el padre Hipócrates, cuyas obras rebosan de materialismo jónico,» según dice el doctor Mata, combatió a los sacerdotes y a los filósofos médicos anteriores a él.

Antes que el doctor Mata nos presentase el cuadro del apogeo de la civilización griega contemporánea al padre de la medicina, para probar que este se formó de las escuelas griegas, dijimos nosotros en 1841:

«Mientras la medicina practicada por el mejor de los médicos se enriquecía con una multitud de verdades útiles y nuevas, Sócrates con su amable filosofía demostraba que la felicidad es inseparable de la sabiduría. Eurípides y Aristófano componían piezas que la posteridad debía mirar como las obras maestras del arte dramático; Tucídides refería los acontecimientos de la guerra del Peloponeso en una obra dictada por el Genio de la Historia; Fidas animaba el mármol; Zeuxis y Policeto conseguían pintar la belleza ideal, y el pincel de Parrhasia parecía dirigido por las mismas Gracias.» (Anales Históricas de la Medicina, tomo 1.^o, pág. 111, columna 1.^a)

Sin embargo, jamás nos pasó por las mientes, no solo que la filosofía de Hipócrates era eminentemente socrática, pero ni aun que Hipócrates aprendiera nada de él. ¡Bien que sabemos que no se puede interpretar la intención de nadie!

«Ridiculiza el doctor Mata a Hipócrates que supuso una creación ontológica, un ser llamado naturaleza, como una fuerza medicatriz, y una lucha entre esta entidad ficticia y otra entidad análoga llamada enfermedad, lucha que se termina por la crisis.» (Pág. 16.)

Hipócrates, como todos, se ha visto en la necesidad de crear una fuerza ó un ente para explicar ciertos fenómenos. En el mismo caso se hallan los astrónomos, creando la *atracción universal*, para explicar los fenómenos celestes; los físicos, la *gravedad* y la *inerencia*, cuyas leyes han calculado; los químicos, la *afinidad molecular*, etc., etc. ¿Cuántas veces se habrá valido y se valdrá todavía el doctor Mata, a la cabecera de sus enfermos, del mismo lenguaje que censura en Hipócrates!

Dice el doctor Mata: «El vitalismo de Hipócrates es más metafórico que científico: pitagórico en la concepción (espiritualista?) y jónico en la práctica (materialista?); no enseña, ni puede enseñar nada en fisiología.» (Pág. 18.)

Más y más me confirmo en que el doctor Mata ni por el forro ha visto las obras de Hipócrates. ¡Qué columna tan atroz levanta al divino viejo! ¿En qué libro, pasaje ó folio de los escritos de Hipócrates ha leído el doctor Mata la palabra VITALISMO, PRINCIPIO VITAL, en el sentido que consideró la naturaleza? Esta palabra no existe, ni nada que se le parezca, y reto al doctor Mata, a Barthéz, a Lordat y a Hoyos Limon, a que me presenten el texto sobre el vitalismo, diferente del Natura de Hipócrates. Lo espero sentado, por que en pie...

Antes se congelarán las brisas del Guadarrama del doctor Mata; se convertirá en sabroso y purísimo azúcar la *enjuta arena de las desnudas márgenes del árido Cedron*; antes se convertirán en trozos de excelente mazapan los *cantos rodados*; antes en peladillas confitadas las *peladillas achatadas*; y antes, en fin, se cubrirá de bosques el *caudaloso raudal que peinó en un tiempo el flotante musgo* (pág. 6.^a), que el doctor Mata consigne el texto ó textos indicados. ALEA JACTA EST.

Anastasio Chinchilla.

Elorrio, 10 de agosto de 1839.

PRENSA MEDICA.

MEDICINA.

Escorbuto: tratamiento que emplea el Dr. Skoda.

El Dr. Skoda dice, que usa con buen resultado la siguiente fórmula, asociada, por supuesto, a otros medios generalmente aconsejados contra el escorbuto:

Cocimiento de malta (1) con yemas de abeto 275 gramos.
Levadura de cerveza 25
Jarabe de corteza de naranja id.

Mézclase y adminístrese cada dos horas una cucharada.

Blenorrágia: fórmula que usa el Dr. Clero.

El *Journal de médecine et de chirurgie pratiques*, publica la siguiente fórmula, que emplea de preferencia contra la blenorrágia un sifiliógrafo, cuyo mérito reconoce hoy todo el mundo:

Cubeba 60 gramos (2 onzas).
Copaiba 20 — (3 dracmas).

(1) Así llaman los ingleses a la cebada preparada para hacer cerveza.

Cachú ó catecú en polvo. 5 gramos (90 granos).

Conserva de rosas. C. S.

El enfermo toma, dos veces al día, una cantidad como del volumen de una avellana de esta mezcla en pan azimo. Otras veces, dice el Sr. Clero, hacemos dividir la opiata en 80 bolos, y prescribimos de 4 a 6 al día.

TERAPÉUTICA.

Vaginitis ó inflamación superficial del cuello del útero: tratamiento por medio de la pomada de tanino.

El Sr. FOUCHER ha observado en el hospital de Lourcine un gran número de vaginitis, y habiendo visto que las mujeres, en general, hacían muy mal las inyecciones, supone que este modo de tratamiento no podía tener toda la eficacia que se le atribuía, porque el líquido inyectado no permanecía bastante tiempo en contacto con las partes enfermas. En virtud de esto, adoptó el siguiente tratamiento:

Cubre un rollo ó bola de algodón con una capa gruesa de esta pomada:

Tanino 10 gramos (2 y 1/2 dracmas.)
Manteca 60 (2 onzas.)

Introduce el rollo ó bola así preparado en la vagina, donde se conserva hasta la tarde ó el día siguiente. Cuando se quita, la enferma se hace una inyección para lavar la cavidad de la vagina, y después introduce otro nuevo rollo preparado del mismo modo. De esta suerte, las superficies inflamadas permanecen separadas y la acción del tanino no es momentánea, ventajosa todas que tiene acreditadas la experiencia. El Sr. FOUCHER emplea el mismo tratamiento contra la leucorrea, modificando al propio tiempo la constitución con las siguientes pildoras:

Estracto de ruibarbo
Quinum ó extracto de quina á 2 gram. (1/2 drac.)
Hierro reducido por el hidrógeno.

Para 40 pildoras. Para combatir el estreñimiento de vientre, inherente al temperamento y al tratamiento, el Sr. FOUCHER acostumbra prescribir todas las tardes una pildora con 2 centigramos de polvo de belladona, la cual escita la contractilidad de los intestinos, como lo ha probado el Sr. BERCIOUX, distinguido interno de los hospitales.

Belladona: propiedades anafrodíslacas de esta planta.

La casualidad ha puesto al Sr. HEUSTIS en el caso de comprobar esta virtud de la belladona, indicada ya, aunque de paso, por algunos autores. En un enfermo a quien el autor administraba la belladona, con motivo de una coqueluche interna, suprimió el medicamento «hasta las erecciones» durante todo el tiempo de su administración, y mientras la dosis fué suficiente para sostener una ligera estupefacción. Tres dosis de una cuarta parte de grano al día, producían invariablemente el indicado efecto.

En otros sujetos, que padecían blenorragia de *garabatto*, como el vulgo la llama, el resultado fué igual.

El Sr. HEUSTIS ensayó entonces la misma medicación en un sujeto que padecía con frecuencia poluciones nocturnas, y el éxito fué completo, aun cuando la belladona no produjo efecto alguno fisiológico apreciable. El autor cree que en este caso, como en el de incontinencia nocturna de orina en los niños, la eficacia de la belladona debe atribuirse a una acción sedante que ejerce sobre el cuello de la vejiga y la porción prostática de la uretra.

Inyecciones nasales medicinales: buenos efectos de las mismas.

El Sr. HENRIETTE había ya propuesto este modo de administración de los medicamentos para los casos en que los niños no pueden ó no quieren tomar los medicamentos. El Sr. PROSPER DERBANO acaba de comunicar a la Sociedad de medicina de Bruselas tres hechos que demuestran los buenos servicios que pueden esperarse de este poderoso recurso.

El sujeto de la primera observación es un niño de edad de 6 años, que se hallaba en el tercer setenario de una fiebre tifoidea. Estaba a punto de sucumbir, cuando el Sr. DELVAUX concibió la idea de recurrir a las inyecciones nasales. A beneficio de una jeringa pequeña hizo penetrar por una de las narices una cucharada de cocimiento de quina. Todo el líquido introducido de esta manera, fué tragado sin dificultad. La operación se repitió una hora después con una mezcla de vino de Burdeos y agua. Desde aquel momento la madre quedó encargada de renovar las inyecciones, que se repitieron tres veces durante el día, con la misma cantidad del medicamento; y cuando el médico volvió a ver al enfermo por la noche, observó un notable alivio. Durante las treinta y seis horas siguientes, se introdujeron de la misma manera 40 gramos de vino mezclados con 60 de cocimiento de quina. Pasado este tiempo el enfermito estaba desconocido, tan grande era la mejoría, y algunos días después entraba en convalecencia.

En la segunda observación se trata de un niño de 3 años y medio que padecía la misma enfermedad, presentando un carácter ataxo-adinámico; al octavo día de enfermedad, ya no era posible introducir por las vías ordinarias la menor cantidad de líquido. Las pociones se inyectaron por espacio de tres días por las vías nasales. Pasado este tiempo pudo tragar todo lo que se quiso que tomara, y la convalecencia se estableció a fines del tercer setenario.

La tercera observación se refiere a un niño de diez y seis meses, afectado de una meningitis, de la que sucumbió; pero durante todo el período comatoso, cuando

la deglución no podía verificarse naturalmente, las bebidas y las sustancias medicinales pasaron fácilmente al estómago por las vías nasales.

Este último hecho, sobre todo, demuestra los recursos que ofrece el método del Sr. HENRIETTE, puesto que aun en el caso de rigidez tetánica de los músculos de la mandíbula inferior, las inyecciones nasales permiten continuar con la medicación.

HIGIENE.

Vacuna: nuevo método de conservarla.

El Dr. ANDREWS, que ha hecho muchos experimentos a fin de encontrar el medio más seguro de conservar el pus vacuno, ha concebido la idea de mezclarle con glicerina, y asegura que este medio le ha producido buen resultado.

En siete casos hizo uso de dicha mezcla con un éxito tan satisfactorio, como si hubiese usado la vacuna reciente. Por este medio se la puede conservar por espacio de dos ó tres meses durante los calores del verano, sin que pierda nada de su eficacia. La manera de hacer esta mezcla es muy fácil: colócase una costra de vacuna, dividida en pedazos, dentro de un frasquito que contenga una pequeña cantidad de glicerina; agitando de cuando en cuando el frasco, la disolución de la vacuna se efectúa poco á poco.

BOTÁNICA.

Plantas: nuevo método de conservarlas.

Hasta el presente (leemos en el *Jornal da Sociedade pharmaceutica lusitana*) se ignoraba el método de conservar las plantas y flores por medio de la desecación, como no fuese metidas entre las hojas de un herbario. Este método en verdad es muy sencillo, económico y libre de ciertos embarazos; pero ofrece el gravísimo inconveniente de alterar y desnaturalizar la forma y el aspecto de los tallos y de las flores, hasta el punto de no poder ser conocidos, después de destruidos ciertos caracteres importantes de la planta, con especialidad los de la fructificación y florescencia. Por el procedimiento enteramente nuevo de los Sres. REVEL y BERJOT, no solo desaparecen estos inconvenientes, sino que también presenta la ventaja de poder conservarse las flores con todas sus formas, hermosura y parte de su aroma.

Consiste dicho método en hacer secar las plantas, flores ó cualquiera de las partes que se quieren conservar en un baño de arena cuidadosamente manejado, impregnándolas antes de una ligera capa de ácido esteárico, con el objeto de evitar la adherencia de la arena á las hojas ó flores, etc. Para este fin colócase una flor en un vaso cualquiera, manteniéndola en posición vertical por medio de sustentáculos apropiados; échase la arena en el vaso de manera que cubra completamente la flor, y todo esto se coloca en una estufa ú horno, cuyo calor sea de 40 á 45°, á fin de que la desecación sea pronta y rápida; luego se deja caer la arena por la parte inferior del vaso, y la flor queda entonces al descubierto, con su verdadera forma, sin ninguna alteración, debiendo luego meterse en un frasco ó tubo de vidrio herméticamente cerrados y previamente desecados de cualquier humedad por medio de cal virgen.

Este método promete prestar grandes servicios á las ciencias por las ventajas que ofrece para la preparación de las colecciones de las escuelas de farmacia, botánica, museos, etc.

Los viajeros naturalistas podrán igualmente emplear este método para conservar indefinidamente las plantas raras ó exóticas que no florecen en nuestros climas, y que conservadas por los antiguos métodos apenas acababan imperfectamente alguno de sus caracteres.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

ASUNTOS PROFESIONALES.

Médicos forenses.

Una vez que por la prensa médica se llama á la familia de su apellido para que discorra el mejor medio de plantear un cuerpo de médicos forenses, y vistas ya algunas opiniones, allá va la de un pobre y humilde médico titular, valga lo que valiere.

El Sr. Mata en su tratado de medicina y cirugía legal, los tribunales en sus repetidas y delicadas relaciones con las clases médicas y cada uno de sus individuos, todos conocemos la necesidad de crear un cuerpo especial, independiente de toda influencia que falsee la buena administración de justicia, y que sirva con la perfección que el progreso del siglo imprimió en otras naciones, al ramo más delicado y difícil de la medicina. Decidido el Gobierno de S. M. á verificar semejante adelantamiento, se comienzan á oír gritos, pidiendo plaza este ó el otro, y queriendo, por último, todos llevar su parte preponderante, cuando hay tan pocos en la actualidad que escedan al preciso número que debería necesitarse, aptos para la comisión de médicos forenses. El médico, el cirujano, el químico piden su palo de andas apoyándose en sus respectivos conocimientos ó fuerzas, no observando (ó no queriendo observar) que si bien son necesarios, no son suficientes cada uno de por sí, y que no debiéndose multiplicar el personal, á menos de una imperiosa necesidad, se recurrirá á aquellos individuos que, amen de médico-cirujanos, hayan probado su aptitud en exámenes legales sobre toxicología y análisis químico; que conozcan el aparato de Mars y á lo que se espone el que imperito, inflame la materia detonante antes de recoger las manchas arsenicales; que sepa sustraer la materia orgánica de la toxica; que sepa lo que son pipetas para recoger líquidos, qué am-

pollas y cómo se hacen para encerrar venenos, como prueba de sus trabajos analíticos ante los tribunales, etc., etc. Semejante personal existe ya: se viene formando de ocho ó más años atrás con semejante objeto, y ellos son los que realmente tienen derechos adquiridos. Al médico-cirujano le faltan conocimientos de análisis química y toxicología práctica, al médico puro el ser cirujano y los mencionados conocimientos, al cirujano el ser médico y demás, al químico el ser médico y cirujano, y también á los doctores del *tibi quoque* y á los de ciencias médicas les falta su por qué, y no un grano de anís: todo lo que no sea reunir los conocimientos predichos en un solo individuo, será defectuoso el servicio que los puros presten aisladamente, sean médicos, cirujanos ó químicos, y por consiguiente infundadas sus declamaciones sobre derechos adquiridos y otras alharacas que apasionadamente se vienen repitiendo, y que no sirven para otra cosa que de obstáculos á muchas modificaciones convenientes.

Si cada titular, respectivamente, toma parte en medicina legal, figurando fuera de su categoría, consiste en ese mismo defecto del servicio forense que se quiere evitar ahora, y preciso se hace para evitarle ocupe cada uno la que le corresponda. Los puros no debieran repetir la de lastimar sus derechos, cuando tanto se les ha facilitado su entrada en la masa común de los mistos, y cuando los antiguos de esta categoría no han pronunciado una mera queja á pesar de la irrupción en su seno de aquellas clases, y cuando se les ha recibido como hermanos, olvidando su milagroso encumbramiento: sigan todos el camino de sus otros compañeros, pues de lo contrario no es fácil tengan derechos adquiridos, ni menos se les lastimen.

De los actos del Gobierno de S. M. se refleja la buena disposición que tiene para mejorar el servicio sanitario, y por consiguiente la importancia de la clase en general; así vemos los decretos sobre nivelación, provision en propiedad de las plazas de baños, las de la armada, hospitales, manicomios, visitas domiciliarias, retenes sanitarios, médicos forenses, etc.; así también la influencia de la prensa científica en semejantes determinaciones; pues entonces, ¿á qué ese pedir tan apasionado tratándose de una mejora para todos? ¿Es que se desea hacer perder la paciencia á la comisión que haya de aprobar las bases del cuerpo médico forense para que haga cualquiera cosa, imitando nuestro egoísmo? Seamos discretos y no escupamos al aire.

Por otra parte, consideremos que al médico forense se le comete la asistencia de todo enfermo que motiva un procedimiento judicial (improcedentemente), y en esto se fundan los que opinan por la imposibilidad de crear un cuerpo especial y la participación en globo de toda clase al carácter forense, la cual no está conforme con mi modo de discurrir. Los tribunales quieren que á los enfermos que motivan una causa no les falten los recursos científicos, con el solo objeto de evitar un mal término de ellas, y por consiguiente la gravedad del delito que se persigue; y yo pregunto: el tribunal ¿está más interesado en la salud del enfermo que el enfermo mismo? Todos los pueblos de España, ¿no tienen sus titulares, y las ciudades sus hospitales, en donde se asiste lo mejor posible á los que lo necesitan y lo piden? Los pudientes en los pueblos, ¿no tienen sus facultativos igualados á quienes se encomiendan en sus más graves dolencias? ¿No pueden llamar en apelación á veinte ó más profesores, y aun recurrir á las preeminencias facultativas para curarles? Pues bien; el facultativo forense está de sobra en lo concerniente á la asistencia de heridos y enfermos. Se dirá por el tribunal que un cirujano no llena las condiciones suficientes para atender con la pericia, esmero y celo que desea se despliegue en derredor de un enfermo judicial (así le llamaremos para más claridad), y como en las poblaciones pequeñas no haya más profesores, quedará un vacío con perjuicio del doliente y del mismo supuesto reo; y yo contesto que no son de mejor condición los enfermos judiciales que los no judiciales; y si tan al extremo se llevan las consideraciones, también diré que los médico-cirujanos titulares, como otros muchos libres y de ciudad, carecen de la perfección en su profesión, por cuya causa debieran estar los Corrales, Tocas y Argumosas de Ceca en Meca asistiendo á heridos y enfermos judiciales para llenar ese vacío mencionado, ó bien que todos los lugareños se avencinden en las ciudades para gozar de sus garantías. Esto es imposible, y necesario es que toda clase de enfermos se contenten con sus respectivos titulares, y el pudiente (herido ó supuesto reo) que no se conforme, que á su costa mantenga otra mejor asistencia; por lo tanto, repito que el médico forense no puede, no debe asistir á los enfermos judiciales, pues que no es esa su comisión. Pues entonces, ¿á cargo de quién han de ponerse dichos enfermos? Muy sencillo: al de sus respectivos titulares si son vecinos de poblaciones pequeñas, al de los hospitales si lo son de ciudades y fueren pobres, ó al de su gusto si ricos. ¿Y quién paga la asistencia? Por los pobres, el común; por los ricos de aldea, ellos con sus iguales; y por los de ciudad, su bolsillo. Pero semejantes trabajos, ¿no deberán pagarse como fortuitos y voluntarios, como la sífilis, como se estipula en muchas contratas? No: ninguna dolencia es voluntaria, y deben considerarse comunes, cual las indigestiones por abuso en comidas y bebidas, como las recidivas por desobediencia á los preceptos higiénicos aconsejados por el titular, etc. ¿Pero no vé Vd. que así se amenguan nuestras obviaciones? Aumente Vd. la dotación, y si en la localidad que ocupa no lo consigue, otros partidos hay vacantes en los cuales hallará más ventajas; y como dice el Sr. Perrote, no se case con localidades, y como dice el Sr. D. Patricio Rodríguez y Suls, en Puerto-Rico hacen falta médicos y cirujanos, á quienes se paga espléndidamente. ¿Y los reconocimientos, au-

tópsias, exhumaciones y declaraciones, á quienes com-peterán? Al forense, pues que concierne á la esposición que deberá consignarse en autos. ¿Y podrá el forense levantar el apósito á un herido recientemente curado? ¿Podrá bajo su conciencia y según que juzgue ó no verídicos á los de cabecera, pues como él será el directamente responsable de sus declaraciones, él verá lo que más le convenga hacer? ¡Muy duro es asistir heridos y enfermos judiciales sin cobrar por tales oficios! No hay motivo para creerse con semejante derecho, cuando recaen en un vecino ajustado ó pobre, por el cual paga el común; además, que peor es asistir, declarar, reconocer y exhumar fuera, gastando en viajes sin cobrar otra cosa que compromisos y disgustos, cual ahora ocurre. De lo espuesto concluyo diciendo, que conviene se planteen médicos forenses bien remunerados, para que viviendo con independencia social, puedan imparcialmente ilustrar á los tribunales con la perfección de los conocimientos científicos actuales; que para su logro vale mucho la opinión de la prensa científica, la cual deberá seguir dispensando (como hasta aquí) su cooperación á la clase, y que esta no oponga á semejante próxima disposición argumentos que sobre ser fútiles, abundan de pasión en su mayor parte, convenciéndose cada uno de por sí, que es muy útil semejante institución á todos en general y á algunos en particular, únicos móviles que tengo para salir á la palestra.

Santa María de Nieva, 31 de agosto de 1859.

Hdefonso Bedoya.

Aunque con el pleno convencimiento de que en vano será mi declamación, así como la de otros dignísimos compañeros en las cuestiones médicas palpitantes, no obstante, deseoso de contribuir con mi óbolo, manifestaré con claridad mi pensamiento y el de otros muchos profesores que más de doce años hace residimos en partido, y prácticamente palpamos los efectos de muchas utopías fabricadas en cómodas butacas y elegantes bufetes y salones.

Abundo en la mayoría de ideas que emite el Sr. Don Pascual Gracia en su escrito de primeros del corriente, y creo que bajo cualquiera base que se plantee la institución de médicos forenses, siempre tendrán que efectuar los reconocimientos, curaciones de heridos, levantamiento de cadáveres, etc., etc., los facultativos titulares como lo han hecho hasta aquí; pero creo que la recta administración de justicia no puede permitir se espere la llegada del forense, distante 4, 6, 8 ó más leguas, si es que en el acto de ser avisado puede efectuarlo; lo único que podrá hacer dicho señor es acompañar ó practicar las autopsias (si á la vez no existe otra, ú otra causa poderosa que reclame su presencia en otra parte); y aun dado caso que no exista y pueda personarse en aquel punto, donde hay que practicar la referida autopsia, ¿en qué concepto lo verificará? ¿Será como inspector, ordenando al titular encanecido en ese género de servicios (pues que desgraciadamente los presta con frecuencia sin retribución alguna), cual si fuera su ayudante, ó dirigiéndole preguntas inconvenientes ante el juzgado acaso por darse importancia? ¿ó qué papel, qué categoría representan en casos análogos, el titular que ha reconocido primero y dado su declaración peritica y el médico forense; aquel que con grave responsabilidad física y moral se queda en la población espuesto á los dictérios ó indirectas de alguna de las familias, y el otro que evacuado su cometido marcha inmediatamente, y tal vez no volverá al pueblo en cien años: el titular que además de cuanto va referido no percibe ni aún las gracias de persona ó autoridad alguna, ó el forense que disfrutará un sueldo más ó menos pingüe?

Otras y otras mil poderosas consideraciones omito porque juzgo no pasarán desapercibidas, por cuyas razones opino que lo más oportuno sería el planteamiento del bien meditado Real decreto de 5 de abril de 1854, reformado en lo poco que tiene que reformar, según ha acreditado la experiencia, puesto que muchos ayuntamientos lo han adoptado por base en sus contratos con los profesores: de este modo, dotados todos los facultativos con la decencia é independencia de que no son menos dignos que los maestros de instrucción primaria, cumplirán con esmero y celo todos los deberes relativos al servicio de los pueblos, incluyendo cuanto abraza el título 3.º de dicho Real decreto, que es la descripción exacta de cuanto atañe á los profesores de ciencias médicas en el pleno ejercicio de su profesión, sin tener que mendigar su sustento, ni depender directa ó indirectamente del cacique A ó B, que es lo que rebaja á la más costosa, más noble y más caritativa de las profesiones, y más abandonada del Gobierno y despreciada de los particulares, mientras no la necesitan.

Por todo lo manifestado y otras razones, creo sería mucho más útil y conveniente el arreglo del servicio sanitario interior, pues que hoy reina una completa anarquía en un ramo tan interesante de la administración pública; pues unos pueblos han adoptado el predicho Real decreto y los marítimos la ley de Sanidad, y otros el capricho ó la voluntad de los que lo manejan, redundando, por consiguiente, tal desbarajuste en perjuicio de la mayoría de habitantes y de los profesores: la creación de médicos forenses estará bien en las capitales, donde podrán dedicarse exclusivamente á las cuestiones médico-legales é higiénicas.

La lectura del último número de El Siglo que acabo de verificar, me ha sugerido las anteriores líneas que inmediatamente le remito á su consideración, sirviéndose hacer el uso que estime de ellas, dispensando cualquiera omisión en obsequio de la premura con que han sido escritas.

Yepes, 14 de setiembre de 1859.

V. M.

VARIEDADES.

Un buen ejemplo.

Muy difícilmente pudiéramos dar á nuestros lectores aproximada idea de la grata impresión que han producido en nosotros las dos comunicaciones que gustosísimos insertamos en seguida. Al ver nuestros nobles, ilustrados y queridos compañeros de los partidos de Tafalla, Tudela y otros pueblos de Navarra, inserto en *El Siglo Médico* (número correspondiente al 12 de agosto último), un comunicado que desde Peralta nos dirigieron los no menos apreciables profesores D. Aquilino Maldonado, D. Martín Gurucharri, D. Pedro Alfaro, D. Fernando Lopez y D. Oroncio Gros, anunciando que el ayuntamiento de dicha población, sin el menor motivo que lo justifique, había negado la renovación del contrato al dignísimo doctor en medicina y cirugía D. Eustaquio Guinea, han dado un ejemplo magnífico de fraternidad, de unión y de mutuo cariño, que ojalá le viéramos imitado, para bien de la clase, en todas las restantes provincias de España!—Este espíritu de fraternidad basta por sí solo para obrar maravillas; y bien pronto conduciría, si se generalizara, á una asociación, cuyo resultado inmediato fuera el de elevar la clase médica en el concepto público, y mejorar la situación, más deplorable cada día, en que por nuestras desavenencias y apatía se encuentra.

Al insertar nosotros estos documentos, nos asociamos al laudable propósito de nuestros compañeros; les enviamos la enhorabuena más cordial, por haberle concebido é iniciado, y les ofrecemos nuevamente nuestras columnas, como á todos los de España y sus posesiones de Ultramar, aunque saben años hace que están siempre abiertas y disponibles para cuanto se dirija á la unión, fraternidad y conveniencia de la clase; al paso que cerradas para toda idea de desunión, de escandalosas luchas promovidas por la vanidad ó la envidia, ó de un miserable monopolio.

No desperdicien los médicos de Navarra ese entusiasmo que en ellos se advierte; no permitan que se entibie el espíritu de fraternidad que les anima: erijan, al contrario, en regla general de conducta lo que acaban de hacer como instintivamente, y apercíbanse para defenderse y ampararse mutuamente siempre que alguno haya menester de defensa ó amparo.

En las demás provincias se seguirá, por fin, su ejemplo, y la clase puede prometerse de esa especie de organización fecundísimos frutos. Así agrupados podrían pedir al Gobierno sucesivamente las muchas mejoras que reclama el arreglo de la profesión; por ejemplo, una ordenanza relativa á partidos, pensiones para los que se inutilicen á consecuencia de las epidemias y para las familias de los que sucumban, la represión de las intrusiones, y cien otras cosas de interés.

Véanse, pues, los comunicados á que este artículo se refiere.

Sres. Directores de *El Siglo Médico*.

Muy Sres. nuestros: Es para nosotros tan digna, tan laudable y tan justa la posición de los señores profesores de los pueblos circunvecinos á la villa de Peralta; estamos tan conformes con las ideas espuestas en su comunicado inserto en su número 294; aplaudimos tan de veras la constancia de los que hoy amparan al Sr. Guinea en su injustificada desgracia, que quisiéramos hacer solidarias del profesorado español ideas tan consoladoras en casos semejantes. En este país clásico de respeto hacia sus profesores, son rarísimas las despedidas sin justificación completa, y seríamos ingratos, si no consignásemos este hecho, que enaltece la proverbial honradez de la provincia de Navarra.

Peralta despide á su médico, confesando en el acta no haber recibido su municipio queja contra él mismo, mas que las deposiciones de dos vecinos, que á última hora dicen, y no justifican, que el pueblo está descontento.

Peralta ha usado de un derecho que cree competirle, y nosotros no le disputamos; pero nosotros, con los firmantes del comunicado, usamos del que las leyes nos conceden como ciudadanos españoles, en obsequio del profesorado español, y del Sr. Guinea en la hora de su desgracia.

Somos de Vds., Sres. Directores, atentos y seguros servidores, Q. B. S. M.—Los médicos de la subdelegación de Tafalla.—El subdelegado, Miguel Lopez de San Roman.—El médico titular de Caparroso, Jorge Mago.—El médico-cirujano de Tafalla, Elias Saravia.—El médico-cirujano, titular de San Martín de Unx, Dr. Enrique Sanchez y Borch.—El médico-cirujano, médico titular de Ujeu, Faustino Zala.—El médico titular de Murillo del Fruto, Ramon Serra.—El médico titular de la villa de Pitillas, Francisco Moreno.—El titular de Miranda de Arga, Andres Banegas.—El médico-cirujano, titular de Berbinzana, Dr. Juan Cazarro.—El titular de Larraga, Juan R. Ruiz.—El titular de Mendigorria, Alejandro Ortiz.—El médico titular de Artajona, Mariano Arbiol.—El médico-cirujano del distrito de Leoz y pueblo de Orisoain, José Napal.—El médico cirujano del Pueyo y Sansoain, Miguel Anso.

Sres. Directores de *El Siglo Médico*.

Muy señores nuestros: No podemos menos de aplaudir el honroso comportamiento de nuestros profesores firmantes del comunicado fechado en Peralta el 14 de agosto último, que se insertó en el número 294 de tan ilustrado periódico, relativo á la justa y natural protección que ofrecen al doctor en medicina y cirugía D. Eustaquio Guinea.

Cuenten con la decidida adhesión de los que suscriben á tan sinceros sentimientos, tanto en esta ocasión, como en cualquiera otra análoga.

Somos de Vds. atentos y afectísimos servidores Q. B. S. M. B.—El médico titular de Valtierra de Navarra, Francisco Torrijada y Barricarte.—El médico titular de Arguedas, Celestino Loscos.—El médico titular de Cascante de Navarra, Manuel Lanzana.—El médico titular de Cascante de Navarra, Juan José Nagore.—El médico-cirujano de Corella de Navarra, Juan Llorente.—El licenciado en medicina, Serapio Manuel Francés.—El médico-cirujano, titular de la villa de Cadreita, Cleto Martínez de Toro.

D. Diego Argumosa.

En *La Iberia* de 20 del actual se ha publicado una carta, dirigida por el conocido escritor D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS á nuestro querido amigo D. PEDRO CALVO ASSENSO, en la cual se dá noticia de la vida que está haciendo, en un oscuro pueblo de la provincia de Santander, el sabio médico, el eminente operador, el buen patricio, el honradísimo Sr. D. DIEGO ARGUMOSA. La belleza de la poesía con que el Sr. FERNANDEZ DE LOS RIOS pinta la vida sencilla de nuestro querido amigo; la idea que tenemos del temple de su alma, de su profundo saber y de la austeridad de sus costumbres, y la contemplación amarguísima del olvido y abandono con que nuestra desconcertada sociedad corresponde á sus altos merecimientos, confesamos que son cosas que han exaltado nuestra fantasía. Tenemos la desgracia de ver en gran parte las cosas teñidas del mismo barniz que las ve nuestro siempre apreciable amigo y antiguo colaborador del *Boletín de Medicina* y de *El Siglo Médico*, y por lo mismo nos despedaza el alma al considerar que viven oscurecidos y sin premio la virtud legítima y el verdadero mérito, cuando tan profusamente premiados vemos al mérito y la virtud contrahechos y finjidos.

Una cosa nos consuela, y es que, si olvidado se encuentra el Dr. ARGUMOSA por los que pudieran y debieran premiar debidamente sus merecimientos, no sufre ese olvido de muchos profesores y discípulos.

Una prueba de esta verdad se encuentra en un largo comunicado que nos dirigió con fecha 22 de enero último el apreciable compañero D. Juan José Gonzalez Bachiller, discípulo que fué del regenerador de nuestra cirugía, proponiendo una idea muy acomodada á nuestro deseo y que quisiéramos de todas veras ver realizada en ocasión oportuna.

Creemos que esta ocasión ha llegado, y la daremos á conocer insertando la carta del Sr. Bachiller, luego que traslademos á nuestras columnas, en el número próximo, la mayor parte de la carta del Sr. FERNANDEZ DE LOS RIOS, que sentimos mucho no poder insertar en el presente.

Forzosa defensa.

Publica en *El Especialista* cierto Dr. YAÑEZ (para mi desconocido, pero que es, según noticias, digno ayudante del Dr. Mata) unos artículos de química-patológica, que ni he examinado ni es ahora mi ánimo examinar. En uno de esos artículos ha tenido por conveniente estampar los dos párrafos que más adelante transcribo, con los comentarios que á su pie hallará el lector.

Muy bien está, y soy el primero á aplaudirlo, que el Sr. Yañez, joven, y por lo tanto sabio (como que andan necesariamente juntas la juventud y la sabiduría entre los médicos españoles desde que se ven dirigidos por caudillos de cierta laya), escriba cuanto quiera de química ó de lo que guste; muy bien que someta á su crítica mis opiniones científicas, y las examine y las combata; pero por grandes atenciones que con él desee yo guardar, es imposible que estienda mi deferencia hasta el fabuloso extremo de consentir me atribuya opiniones que no me pertenecen, pensamientos y palabras que no son de mi propiedad. Hubiéranme ahorrado la molestia y el disgusto de replicarle, una buena lectura y una mediana inteligencia, por su parte, del trozo á que alude de mi discurso académico en contestación á su patrono.

Habiendo significado este, en uno de los suyos, que la combustión que se efectúa en los pulmones al respirar, fijándose directamente el oxígeno del aire en los elementos carbonados de la sangre, es el origen del calor, le objeté que aquella teoría de Lavoisier, aunque admitida muy generalmente, no se halla sin embargo definitivamente adquirida para la ciencia, ni ofrece carácter de perpetuidad; y cité al efecto, como prueba de lo que sentaba, las opiniones de varios autores, entre ellos los Sres. Gregorio Liebig y Bernard: según las cuales no hay semejante combustión en los órganos respiratorios, reduciéndose todo á un simple cambio entre el oxígeno del aire y el ácido carbónico de la sangre; cuyo fenómeno, en concepto de los mencionados fisiólogos, así

acontece en los capilares de los pulmones, como en los restantes del cuerpo.

Colocando yo estas flamantes opiniones químico-fisiológicas en oposición con las del Dr. Mata, era mi objeto deducir, y deduje, que la química moderna dista mucho de haber adquirido el grado de solidez y de firmeza que él presumía; y que haciéndola servir de base á la medicina entera, había de resultar necesariamente un edificio inseguro, bajo cuyas ruinas quedaríamos sepultados antes de levantarle á mediana altura. Por eso terminaba este punto con las palabras siguientes:

«Tan seguras y definitivas como esta que acabo de combatir, aun cuando el tiempo la había acreditado, serán las más de las conquistas de la química fisiológica!»

Ni una palabra escribí que significara resuelta aprobación ni desaprobación de las teorías de Lavoisier ó de Bernard; como que no era ese mi propósito. Impreso se halla este trozo de mi discurso, en el número de *El Siglo Médico* que corresponde al día 19 de junio último, y fácilmente puede leerle todo el que guste. Ahora se comprueba lo que dije en apoyo de los discursos escritos: si estando impresa la parte del mío á que me refiero hay quien la trabuca, considérese lo que me habrían hecho decir en otro caso.

Pero voy á trasladar, pues ya es tiempo, los párrafos que me han obligado á tomar la pluma, dejando al público médico que juzgue.

Estos son, y al pie van las oportunas réplicas en el tono que corresponde.

«Nosotros, pues, admitimos, como todos los fisiólogos que más se han distinguido en este estudio, agua pro-ducto de la combustión respiratoria; aunque nuestra opinión no esté conforme con la de D. FRANCISCO MENDEZ ALVARO (1), quien con homérica (2) seguridad (3) dijo que estaba reconocido que la respiración no es una combustión (4). Como más adelante debemos ocuparnos extensamente de la glucogenia y glucosuria (5); para entonces dejamos el probar con más extensión al secretario del Consejo de Sanidad (6), cuán errado anduvo al sentar una proposición (7) que hoy día solo cuenta con un partidario (8), cuya obra, sin duda por una casualidad (9), llegó pocos días antes á manos del distinguido (10) académico.

(1) Venga Vd. acá, Sr. Yañez de mis pecados, y dígame, en paz y en gracia de Dios, dónde ha visto consignada esa opinión mía. Yo, que llevo ya medio siglo sobre mis hombros, y que por lo tanto me encuentro cincuenta años apartado de la sabiduría peculiar y propia en el día de la puericia, ¿cómo me había de meter á fallar de plano en materias que quizás aparezcan tan turbias como ahora de aquí á 50 siglos? Eso se queda para las inteligencias privilegiadas; para los que todo lo saben desde el día en que se les desprende el cordón umbilical. Yo no he emitido ni opinión, ni siquiera la puedo tener, sentada y respetable, en asuntos tan difíciles: lo único que está á mi alcance, como al de cualquiera otro, es estudiar las opiniones de los hombres eminentes, conocerlas, inclinarme más ó menos á las que me parecen mejores, pero quedándome después de todo en una prudente duda. Trage en esa ocasión á cuento, porque á cuento venían, las de Lavoisier y Bernard, como traeré cuando me parezca las del Sr. Yañez, que á juzgar por los meritos, y el afán de empujarse y las pretensiones, debe llegar muy pronto á su altura, si es que no ha llegado ya.

(2) ¿Qué bien traída está la palabrita!... Este químico y médico es literato por añadidura!

(3) ¿Seguridad homérica!.. No había escrito jamás frase semejante ningún cristiano, ni gentil, ni moro, ni judío, desde el mismísimo Homero hasta el Sr. Yañez. Pero confieso que viene como de molde en un artículo que trata de la orina.

(4) Proceda Vd. lealmente: dije que Lagrange, Edwards, Magnus y sobre todo Bernard, han probado, de una manera al parecer concluyente, que no hay tal combustión en los órganos respiratorios. Ni más ni menos.

(5) Ya tiene aquí tela cortada el Sr. Yañez si ha de apurar y dejar en claro un asunto que cada día parece más intrincado, y que lleva trazas de ser ingotable. ¿Cada químico obtiene sobre la glucogenia resultados diversos? No quisiera yo vivir más tiempo que el que tarden los químicos en ponerse de acuerdo, y en hacer útiles aplicaciones de sus estudios glucogénicos á la medicina.

(6) Esta alusión al empleo que doce años hace vengo desempeñando, me ha parecido un tanto cuanto significativa. ¿Es por ventura que le considera bueno el Sr. Yañez para algún aventajado joven? Pero entienda estas dos cosas: que joven era yo cuando le adquirí después de muchos servicios y merecimientos; y que entonces los jóvenes no pensábamos siquiera en asaltar los puestos adquiridos por los méritos y los años. Voy yo advirtiéndole que esa especie de saña ridícula que muestran unos pocos de los recién salidos de las aulas hacia los que llaman viejos (de 40 años en adelante) tiene más de industrial y de metálica que de científica. Arrebatados por el ansia de ser, de tener y de figurar, pegan con los que han nacido algunos años antes que ellos; engreídos, los reputan como ignorantes, y muy á menudo les gritan: «¡Quítalos para ponernos nosotros!» Repito que esto solo se observa en unos pocos: la generalidad de médicos jóvenes, guardan los respetos y consideraciones debidas á sus compañeros de más edad; emplean medios dignos y lícitos para adelantar en sus carreras, y cuando de pronto no lo consiguen, desempeñan en los pueblos, en el ejército y la armada las modestas posiciones que otros hemos ocupado antes de alcanzar mayores ventajas. Y no digo esto por el digno ayudante del Sr. Mata, cuyos buenos estudios y conocimientos químicos le facilitarán sin duda rápido acceso á una posición distinguida: digolo por otros, que sin duda le han llegado á infundir su espíritu. ¿Serán al cabo una simple cuestión de *turron* ciertas desavenencias que se notan en el campo médico? ¿Decente y noble fuera esto!

(7) El error está en sostener que yo haya sentado proposición semejante. Si por algún lado pezo, no es ciertamente por el de la credulidad en las teorías, ni en los experimentos fisiológicos, ni en los resultados que los químicos alcanzan de sus estudios. Cuando tropiezo, en libros ó periódicos con alguna novedad científica de este género, me tomo tiempo para admitirla, y es raro que pase un mes sin que la vea destruida por otros experimentos ó otras investigaciones químicas.

(8) Son algunos más, y considere que no ha habido tiempo para reunir muchos prosélitos.

(9) ¡La casualidad de comprarla, como se compran todos los libros! No hay en este mundo mas que casualidades, y casi todas mayores que la de adquirir un libro recién publicado cuando se tienen las anteriores obras del autor!

(10) Una obra que se publica en 1859 en París, mal podrá leerse en Madrid mucho antes del mes de marzo. Más tiempo habrá tenido el autor de estas curiosas indagaciones para meditar las obras de Lavoisier.

En cuanto á lo de *distinguido académico*, Vd. me sorprende, Sr. Yañez, é incurrir en una equivocación. Yo no soy distinguido en nada, ni he pensado en serlo jamás: soy uno de tantos; un médico que nunca se ha considerado ni se considerará más, ni menos, que cualquiera otro de sus compañeros, mozos ó viejos, pobres ó ricos, de alta posición ó de humilde suerte.

«Tenemos la esperanza de que el infatigable (1) Director de El Siglo Médico (2) se convencerá de la ligereza (3) con que sentó una proposición (4) de tanta trascendencia fisiológica, y que abjurará el error (5), tal vez involuntario (6), que padeció en ocasión tan solemne; error fácil de concebir, si se atiende a que el físico-químico exige, además de ver enfermos, ver enfermedades (7); estudios en las ciencias auxiliares, y experimentos en los laboratorios, sin cuyas fuentes no es posible dar un paso en un sistema menos brillante, pero más verdadero y útil a la humanidad doliente (8).»

Méndez Alvaro.

Hospital de dementes de Toledo.

De un extenso trabajo que nos remitió hace tiempo el médico-director de este establecimiento, D. Zacarías Benito González, nuestro amigo y colaborador, extractamos lo siguiente, que nos parece bastante para dar una idea del movimiento de dicho hospital en el año anterior.

Según el estado que del mismo publicamos en El Siglo Médico, quedaban para el mes de julio de 1858, 38 varones y 20 hembras: total, 58. De estos habían ingresado 10 en los meses de enero, marzo, abril y mayo. En el mismo semestre salieron curados 5, y quedaron en vía de curación 4.

En el segundo semestre, hasta fin del año 1858 ingresaron: en julio, 2; en agosto, 4; en septiembre, 3; en octubre, 4; en noviembre, 5: lo cual da un total de 18 entrados. En igual espacio de tiempo salieron curados (segundo semestre), en agosto, 2; en septiembre, 2; en octubre, 3: total, 9. Y fallecieron: en octubre, 1; en noviembre 2, y en diciembre, 1: total, 4.

Aparte de las afecciones mentales, se han tratado: Fiebres agudas y crónicas de todos tipos, 10; pulmonías y pleuresías, 7; gastro-enteritis, 12; indigestiones y diarreas, 9; afectos catarrales, 8; congestiones, 4; neuralgias, 4; hemorragias, 3; tumores diversos, 6; erupciones, 5; lesiones de continuidad, 5; fleugasmas variadas, 12: total, 85; sin incluir los ataques de los epilépticos.

Las diversas especies de enagenación existentes hasta la misma fecha (31 de diciembre de 1858), han sido padecidas del modo siguiente: causas físicas (clasificación de Mr. Moreau), por idiotismo, 4; por epilepsia, 4; por embriaguez, 2; por irritación escésiva, 7; por miseria, 4; por onanismo, 2; por fiebre (tisis), 2; por esceso de trabajo, 3; por golpes y heridas, 7; por causas distintas, 12.—Causas morales: por pesares, 6; por amor y alegría, 4; por religión mal entendida, 5; por ambición, 3; por orgullo, 4; por la política, 1.

La frecuencia relativa de las causas determinantes, respecto del sexo, es la siguiente. En los hombres: causas morales, 8; escesos intelectuales y sensuales, 10; causas orgánicas, 7; causas cerebrales, 4; causas desconocidas, 11. En las mujeres: causas morales, 5; escesos intelectuales y sensuales, 7; causas orgánicas, 3; causas cerebrales, 4; causas desconocidas, 7: total, 40.

Reduciendo a 10 las causas más frecuentes de la enagenación, tenemos lo siguiente. Hombres: abuso de alcohólicos, 6; reveses de fortuna, 2; pérdida de un objeto amado, 3; el terror, 4; el idiotismo, 1; pesares

domésticos, 7; cólera, 5; devoción exaltada, 4; amor contrariado, 3; inquietudes por pérdida de intereses, 6. Mujeres: pesares domésticos, 4; reveses de fortuna, 2; pérdida de objeto amado, 4; consecuencias del parto, 5; amor contrariado, 2; abuso de alcohólicos, 3; miedo, 1; alegría, 2; devoción exaltada, 2; cólera, 3: total, 28.—Total de ambos sexos, 68.

Estos 68 enagenados estaban clasificados del modo siguiente:

| | Varones. | Hembras. |
|--|-----------|-----------|
| Con delirio agudo febril. | 2 | 1 |
| — Alucinaciones. | 2 | 1 |
| — Ilusiones. | 4 | 1 |
| — Manías de todas especies. | 10 | 8 |
| — Monomanías. | 48 | 14 |
| — Demencias (senil, paralítica). | 8 | 4 |
| — Imbecilidad. | 4 | 2 |
| — Idiotismo. | 1 | 2 |
| Total. | 40 | 28 |

Y por edades:

| De | Varones. | Hembras. |
|-------------------------|-----------|-----------|
| 17 a 25 años. | 5 | 4 |
| 25 a 30 años. | 3 | 5 |
| 30 a 40 años. | 14 | 9 |
| 40 a 50 años. | 8 | 5 |
| 50 a 60 años. | 7 | 4 |
| 60 en adelante. | 3 | 1 |
| Total. | 40 | 28 |

Suprimimos las demás consideraciones en gracia de la brevedad, y por no considerarlas indispensables, bastando este ligero extracto para dar idea del celo del médico-director del establecimiento de dementes de Toledo. A su tiempo publicaremos la estadística correspondiente al año actual, consignando las mejoras introducidas por dicho profesor y las ventajas obtenidas en la curación de aquellos desgraciados, limitándonos por hoy a decir que jamás se ha conseguido mayor número de curaciones en el Nuncio de Toledo.

Disposición digna de aplauso.

Entre otras cosas de grandísima importancia, se ha mandado por real orden de 13 del actual a la Junta consultiva de policía urbana y edificios públicos, recientemente organizada, que se ocupe en formar unas ordenanzas de higiene pública, aplicables a los diversos pueblos de la Península.

Mal podríamos dejar nosotros de aplaudir tanto como lo merece esta disposición, emanada del ministerio de la Gobernación del Reino y debida al celo del ministro y del director de Administración Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, siendo cosa hasta aquí tan rara que se ocupe formalmente y con interés nuestro Gobierno de lo que atañe a la salud pública. Pocas cosas hay, en verdad, de mayor importancia para los pueblos que la extirpación de las infinitas causas de insalubridad que minan y destruyen la salud de sus habitantes; pero también hay muy pocas tan desatendidas. Es de esperar que una vez fija la atención del Gobierno en punto tan esencial, obtengamos importantes y no tardías reformas; cuyo brillante resultado habrá de ser un notable aumento en la duración media de la vida humana, que correrá en tal caso con mayor comodidad, aseo y placer.

Tanto más laudable será la realización de este fecundo pensamiento, cuanto más vasta es la empresa y más difícil la formación de una ordenanza de higiene municipal bien entendida y aplicable a todo género de poblaciones.

Invitación.

Por fin, el Sr. D. Pedro Mata ha dicho algo sobre su proyecto de médicos forenses, como ya se había hecho necesario a nuestro entender.

Nada pensamos decir, por ahora, ni en pró ni en contra de su escrito: solamente hemos tomado la pluma para escitarle a que publique el proyecto que tiene redactado, a fin de que pueda formarse de él cumplido concepto, y para dejar consignado su pensamiento.

Nosotros, que no vemos por parte alguna prevención contra el Sr. Mata ni sus obras; que consideramos deseosas del acierto a cuantas personas entienden en el asunto; que suponemos a la alta administración del Estado muy dispuesta al bien, proceda de donde procediere, entendemos que el proyecto del catedrático de medicina legal, si realmente es bueno y practicable, merecería de todos la mejor acogida y se abriría paso en las regiones oficiales y aun en la representación nacional, si hubiere al cabo de pasar por ella.

Amante como lo es el Sr. Mata de la publicidad y de la discusión, esperamos confiados que, sin mucha tar-

danza, dará a conocer a la clase médica una concepción que él reputa de la mayor importancia, y en la cual se ha ocupado de la manera más asidua durante el largo espacio de 15 años.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—La prolongada sequía que ya há meses está reinando y la insistencia en reinar los vientos del tercer cuadrante, ha hecho que el calor continúe todavía sintiéndose bastante en las altas horas del día, si bien por las madrugadas y noches se deja conocer que estamos ya en otoño. El termómetro se sostiene entre los 5 y 22°: el barómetro en la sequedad y poco más o menos a las 26 pulgadas y de 2 a 5 líneas, y la atmósfera despejada.

Las enfermedades reinantes son las propias de otoño; así es que hay muchas calenturas gástricas y biliosas, intermitentes cotidianas y tercianas, fluxiones a la boca, ojos y oídos, dolores de muelas, y bastantes casos de irritaciones gastro-intestinales, de enteritis, de anginas y de erisipelas.

La mortandad fué por fortuna muy escasa, recayendo por lo común en sujetos que padecían de afecciones crónicas de las vísceras contenidas en el vientre.

Estado sanitario de Almería.—Escriben desde esta ciudad que el estado sanitario del país es bueno respecto al cólera morbo, calenturas perniciosas, como han dado en llamarle; pero no lo es respecto del sarampión, que hace tres meses causa estragos en todos los niños de esta provincia. En el mes de agosto han fallecido de esta enfermedad en la capital 515 niños; y no es aventurado calcular en más de 2,000 los que han sucumbido en toda la provincia. Sin embargo, no hemos visto tomar a las autoridades medida alguna para evitar o corregir el mal.

Ascensos.—Se ha promovido a consultor del cuerpo de Sanidad de la Armada al primer médico del mismo D. Manuel Ferrer y Ortiz, y a este último empleo al segundo D. Francisco Medina y Gutierrez.

Condecoración.—El licenciado en medicina y cirugía D. Antonio Miralles y Botella, ha sido agraciado con la cruz de Epidemias, por los servicios que prestó en Estremadura durante la invasión del cólera morbo en el año de 1855.

Casa de maternidad.—Han terminado las obras del local contiguo a la Inclusa, destinado provisionalmente para casa de maternidad, donde serán trasladadas las embarazadas acogidas en el Hospital general de esta Corte, hasta tanto que se construya el magnífico establecimiento proyectado por la comisión nombrada al efecto por la Junta provincial de Beneficencia.

Aviso discreto.—Por el Gobernador de Murcia se ha hecho entender a los que pudieran concurrir a los baños de Archena, que no es prudente lo hagan mientras reine el cólera morbo en la provincia.

No es nuevo ni mucho menos.—Ha vuelto a proponerse el petróleo ó nafta mineral contra el cólera morbo, a la dosis de 10 ó 12 gotas en un poco de vino, repitiendo la dosis convenientemente.

Tiene razón.—Uno de nuestros colegas dice con sobrado fundamento, que si en los cuerpos de Sanidad y de la Armada no se hace un arreglo sobre la base de aumento de sueldo y abono de los siete años de carrera, quedarán bien pronto en cuadro. ¿Quién quiere, en efecto, prestar en tales cuerpos sus servicios facultativos, careciendo de porvenir, obteniendo menos ventajas que en una miserable aldea, estando siempre rodando de la Ceca a la Meca, y sufriendo a menudo un trato que suele no ser bastante decoroso?

Contribución higiénica.—Con la mira de acabar con el uso de los fósforos comunes y favorecer el de los amorfos, se ha impuesto en Rusia una contribución de tres kopeks por caja de aquellos.—También se ha recargado mucho el impuesto a los espejos azogados, con la mira de que se generaficen los plateados.

Estátua.—A la cantidad de 12,507 francos ascenden la suscripción abierta en Montpellier para erijir estatuas a Lapeyronie y a Barthez.

Buena idea.—En el hospicio de dementes de Zurich se hace el ensayo de vencer la resistencia que algunos enfermos oponen a tomar alimentos, sometiendo a la acción del cloroformo. El resultado es hasta ahora brillante, pues que ha bastado repetir dos ó tres veces la operación para conseguirle.

Una opinión.—Green algunos meteorologistas que el clima de Europa va sufriendo un cambio favorable. Según ellos, van ya muchos años de menos frío, más calor y escasez de lluvias, para creerlo un suceso accidental; sin duda se está elaborando esta transformación a influencia de una causa permanente, conocida en parte, cual es el cultivo general y el desbroce de la maleza y de los bosques que cubrían el territorio europeo. Será lo que sea.

Jolgorio militar.—Una comisión creada en Londres para estudiar y proponer los mejores medios de conservar la salud de las tropas, ha encontrado que los más eficaces consisten en hacer aprender a los soldados el baile, el juego de billar y la gimnasia. ¿No debería haber estudiado esta comisión si el baile y el juego de billar podían suplirle con un moderado trabajo en el campo y con ejercicios militares bien dirigidos?

Triunfos de la litotricia.—Mr. Leroy (d'Étollés) se halla en San Petersburgo llamando grandemente la atención por su habilidad para ejecutar la litotricia. El emperador le ha concedido la orden de San Estanislao de 2.ª clase, con las insignias ornadas de la corona imperial.

Ahi va eso.—En el Monitor de Ciencias Médicas, periódico de París, se lee lo siguiente: «Mientras decimos la última palabra a nuestro espiritual adversario y amigo M. Ricord, sobre la discusión sifilográfica, podemos anunciarle que no solamente en Francia hay quien sea más realista que el Rey. Un cierto doctor Juan José Cambas, ha insertado en un nuevo periódico de Madrid un artículo que termina con esta conclusión: «Según estas razones y hechos, creo poder establecer como principio que los síntomas secundarios de la sífilis no son contagiosos. Esto, si no es feliz, es por lo menos atrevido.»

Trasmisión de la tisis.—Cada día es más manifiesta la reacción que se advierte en punto a la trasmisibilidad

de la tisis, que tanto se esforzó en impedir nuestro Gobierno durante el siglo anterior, y que combatió rícidamente en el actual la despreocupación de la época. El doctor francés Bruchon acaba de publicar un escrito, que resume de esta suerte: 1.º La tisis pulmonal puede comunicarse á la larga, de individuo á individuo, bajo la influencia de la cohabitación y de las relaciones íntimas que son consiguientes. 2.º La trasmisión se efectúa ordinariamente, del sugeto de más edad al más joven. 3.º En la grande mayoría de los casos, la trasmisión se hace del hombre á la mujer. 4.º Esta especie de contagio es tanto más temible, cuanto más predisposición tiene el sugeto á la enfermedad. 5.º Las influencias que contribuyen á producir este resultado son la identidad de las condiciones higiénicas, la frecuente absorción de exhalaciones morbosas que desprende el enfermo, y la fecundación por este último. 6.º Las consecuencias prácticas que de todo esto se deducen son relativas á las medidas profilácticas, esto es, á la separación ó atenuación de las causas morbíficas.

GACETA DE EPIDEMIAS.

El cólera morbo que empezó á declinar en Cartagena á mediados de la semana anterior, ha continuado en descenso hasta el día 20 del corriente que, sin más causa apreciable que una ligera elevación de temperatura, se ha exacerbado nuevamente, ocasionando un aumento en las invasiones y la terminación fatal de casi todos los invadidos en aquel día.

| | Invasidos. | Muertos. |
|------------------------------|--------------|--------------|
| Día 15 de setiembre. | 43 | 8 |
| — 16 — | 42 | 4 |
| — 17 — | 22 | 8 |
| — 18 — | 49 | 6 |
| — 19 — | 49 | 4 |
| — 20 — | 25 | 30 |
| — 21 — | 21 | 17 |

Total. 431 Total. 77

En Totana siguen presentándose algunos casos, la mayor parte leves: en Archena se ha suspendido la temporada de baños; porque el cólera morbo atacaba con predilección á los forasteros que iban en busca de la salud. En Lorca se ha declarado de oficio la existencia de la epidemia.

La ciudad de Alicante ha empezado á sentir la influencia colérica y, aunque hasta la fecha son escasas las invasiones, se teme adquiera mayores proporciones siguiendo la marcha que en Murcia, Cartagena y Elche.

—Las últimas noticias de Constantinopla anuncian la aparición de la peste en Beyrout.

VACANTES.

Lo están. Las dos plazas de *médico-cirujano* de Peralta, provincia de Navarra; su población 900 vecinos, por haber cumplido uno de ellos el contrato de conducción, y haber jubilado al otro con la cuarta parte de su dotación; retribuidas con la renta de 10,000 rs. vellon anuales cada una de dichas plazas, pagadas en dinero por el ayuntamiento. Los profesores que deseen pretenderlas podrán presentar sus solicitudes en su secretaría por todo el corriente mes de setiembre, en donde estarán de manifiesto las obligaciones para el servicio de las espresadas plazas.

—La de *médico-cirujano* titular de la villa de Alcañices, cabeza de partido, en la provincia de Zamora; dotada con la suma de 7,000 rs. anuales, pagados de los fondos municipales por trimestres vencidos. El profesor está obligado á prestar su asistencia á todos los habitantes de esta población y á los presos pobres de esta cárcel en sus enfermedades, y también lo verificará en los partos que ocurran en la misma. Además tiene otros diferentes recursos que le proporciona el juzgado, contratos con los forasteros, carabineros y Guardia civil, apelaciones, y contratos con los pueblos inmediatos. La plaza se proveerá el día 18 del próximo mes de octubre. Los pretendientes dirigirán las solicitudes al presidente del ayuntamiento.

—Una de las dos plazas de *médico-cirujano* de Villacarrillo, provincia de Jaén, su población 1,519 vecinos; su dotación 10,000 rs. pagados por trimestres vencidos y reparto especial entre los vecinos pudientes, teniendo obligación entre los dos profesores de visitar á todos los enfermos en la villa y caseríos. Las solicitudes á la secretaría del ayuntamiento en el término de 50 días, á contar desde el 15 del corriente mes.

—La de *médico-cirujano* de Meco, provincia de Madrid; su dotación 9,000 rs. pagados trimestralmente por el ayuntamiento; los 2,000 rs. por asistir á los pobres van incluidos en el presupuesto municipal y los 7,000 rs. por reparto vecinal, y por separado los partos y golpes de mano airada; concediéndole pueda asistir en apelación á los pueblos inmediatos, siempre que no sea indispensable su permanencia en la villa. Las solicitudes al presidente del ayuntamiento en el término de 15 días, á contar desde el que se haga este anuncio en El Siglo Médico.

—La de *médico-cirujano* de Fuentepelayo, provincia de Segovia, por renuncia del que desempeñaba la de *médico* titular; su dotación 7,700 rs. pagados de fondos municipales por meses, cobrando además el profesor 20 rs. de cada uno de los vecinos que puedan pagarlos, que aproximadamente habrá 230, de los 545 de que consta la población. Las solicitudes hasta el 15 de octubre.

—La de *médico-cirujano* de Aldeire, provincia de Málaga, por haberse despedido el que había á causa de la vejez; su dotación 7,000 rs. cobrados y pagados por el ayuntamiento del igualado voluntario de los vecinos. Las solicitudes hasta el 14 de octubre.

—La de *médico-cirujano* de Torrejón de Velasco, provincia de Madrid, de donde dista 4 leguas, entre el ferro-carril y la carretera de Toledo; su población 300 vecinos; su dotación 8,600 rs. pagados puntualmente por meses, libre de contri-

bucion, debiendo asistir en ambas facultades á todos los enfermos, incluyendo los partos y golpes de mano airada, pero sin ejercer la cirugía menor. Las solicitudes documentadas al señor alcalde durante 15 días desde la fecha del anuncio, y se dirigirán por la caja correo de Getafe.

—La de *médico-cirujano* de Cabezas Rubias, provincia de Cádiz; su dotación 4,400 rs. pagados trimestralmente del fondo de propios, y además la retribución de las iguales de 300 vecinos á que asciende la población. Las solicitudes hasta el 10 de octubre.

—La de *médico-cirujano* de Lavadores, provincia de Pontevedra; por asistir á los menesterosos. En la secretaría del ayuntamiento están las condiciones para su provision, pudiendo remitir las solicitudes hasta el 15 de octubre.

—El partido de *médico* titular de Lillo, provincia de Toledo; su dotación 7,700 rs. por asistir á 725 vecinos; 2,300 almas.

—La de *cirujano* de Cardeñadizo y dos anejos, provincia de Burgos; su dotación 150 fanegas de trigo á la y 10 de cebada, pagado todo por los ayuntamientos, y casa.

—La de *cirujano* del partido de Zuazo y ocho anejos, provincia de Alava; su dotación 140 fanegas de trigo valenciano. Las solicitudes hasta el 10 de octubre.

—La de *cirujano* de Alegria y diez anejos, provincia de Alava; su dotación 180 á 190 fanegas de trigo, 450 rs. en metálico, 8 rs. por cada parto y un real por cada vacuna. Las solicitudes hasta el 30 del corriente.

—La de *cirujano* de Villamandos y un anejo, provincia de Leon; su dotación de 45 á 50 cargas de trigo cobradas por el profesor de los vecinos. Las solicitudes hasta el 30 del corriente.

—La de *cirujano* de Berlanas, provincia de Avila; su dotación 400 rs. de propios y 5,600 rs. que se calculan las igualas, y casa. Las solicitudes hasta el 17 de octubre.

—La de *cirujano* de Cantiveros, provincia de Avila, su población 76 vecinos; su dotación 400 rs. de propios, casa, pastos para una caballería, y las igualas con los vecinos que gusten, que se calcula en dos fanegas de trigo por cada uno. Las solicitudes hasta el 17 de octubre.

—La de *cirujano* de Otones y un anejo, provincia de Segovia; su dotación 150 fanegas de trigo y 15 de cebada. Las solicitudes hasta el 30 del corriente.

—La de *cirujano* de Bernuy de Coca y un anejo, provincia de Segovia; su dotación 190 fanegas de trigo y 8 rs. los menores, 10 rs. por cada parto y casa. Las solicitudes hasta el 4 de octubre.

—La de *cirujano* de Villaciervos y un anejo, provincia de Soria; su dotación 200 rs. por asistir á los pobres, pagados de fondos municipales, y además 380 medias fanegas de trigo cobradas por igualas por el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 15 de octubre.

—La de *farmacéutico* de Cobaleda y un anejo, provincia de Soria, su población 316 vecinos; su dotación 8,000 reales, 1,400 rs. por asistir á los pobres y los 6,600 reales por igualas de los vecinos, saliendo responsables á ambos pagos los ayuntamientos y mayores contribuyentes. Las solicitudes hasta el 30 del corriente.

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

Los que pretendan el partido de *médico-cirujano* de Fuentepelayo, en la provincia de Segovia, deben enterarse antes de algunas circunstancias que en el citado pueblo existen, siendo entre ellas la casa que ha de habitar: podrán dirigirse á Valladolid, Plazuela de Santa María, núm. 10, cuarto principal, á D. Lucas Cuadros, quien les informará.

—Los que soliciten ó hayan solicitado la vacante de *médico* de Laredo, anunciada en el núm. 296 de El Siglo Médico, deberán tener presente que dicha vacante ha de ser de *médico-cirujano*, según autorización del Sr. Gobernador de la provincia; que su dotación consiste en los 8,000 rs. que se dicen en el anuncio, pero que la asistencia que preste el profesor que la desempeñe no se limita á los pobres, sino que se hace extensiva á todo el vecindario, en cuyo caso se hallan los dos profesores que están establecidos en dicha villa.

—Se previene á los que intenten solicitar la vacante de *médico-cirujano* titular de Villacarrillo, que harían muy bien en informarse anticipadamente de las peculiares circunstancias que respecto á asistencia facultativa concurren en dicha población.

—Los pueblos de Garcillán y Aragonese, en la provincia de Segovia, solicitan respectivamente *médico-cirujano* para el servicio sanitario de sus vecinos, y con el fin de despojar de semejante cargo á sus dignos y antiguos facultativos. La retribución que señalan es la de 7,000 rs. anuales, cantidad demasadamente exigua en una provincia cuyo tipo de las dotaciones de *médico-cirujanos* es el de 12,000 rs., si quieren tener con que cubrir los modestos gastos de un profesor de partido, y no sobrelevar el menoscabo de sus compañeros y del público mismo á quien sirven. Además tengan presente los que hayan de pretender, que dichos pueblos han solidó faltar á las merecidas consideraciones de sus extitulares, hasta el extremo de haberse impuesto á uno de ellos una multa porque fué moroso en portear un oficio del alcalde de Aragonese, dirigido á otro de un pueblo vecino, por lo cual se hace necesaria una honrosa reparación, á la que se invita á la clase en general.

ANUNCIO.

VENTAJAS PARA NUESTROS SUSCRITORES.

Deseosos de conciliar los intereses de los suscritores al Siglo Médico con los de los herederos de nuestro amigo el Dr. D. MANUEL JIMENEZ, catedrático de farmacia cuya defunción anunciamos poco hace, y el más fecundo escritor de esta ciencia, hemos conseguido que nuestros suscritores puedan adquirir sus obras con notable ventaja tan solo por el *perentorio término de dos meses*.

Los suscritores, pues, al Siglo Médico que gusten, pueden adquirir las obras del Sr. JIMENEZ, que tanto trabajó por la profesión, hasta donde las existencias alcancen, con la rebaja considerable que en seguida espresamos. En su elogio diremos solamente que todas son de grande utilidad; que así las originales como las traducidas, gozan de grande reputación; que están escritas fiel y correctamente y corresponden á la justa celebridad de nuestro ya perdido amigo.

Hé aquí las obras cuyos precios se rebajan en obsequio de nuestros suscritores y para dar pronta salida á los ejemplares que quedan:

OBRAS DEL DR. D. MANUEL JIMENEZ.

(REBAJA DE PRECIO PARA LOS SUSCRITORES DE EL SIGLO MÉDICO.)

| Obras. | Precios á que se venden. | | Rebajas. | |
|--|--------------------------|--------|----------|--------|
| | Rústica. | Pasta. | Rústica. | Pasta. |
| Nomenclatura farmacéutica y sinonimia general de farmacia y materia médica.—Dos tomos en 4.º | 44 | 55 | 30 | 38 |
| Tarifa general farmacéutica.—Un tomito en 4.º | 12 | 16 | 8 | 12 |
| Farmacopea razonada.—Dos tomos en 4.º con láminas. | 90 | 100 | 60 | 70 |
| Codex ó farmacopea francesa.—Un tomo en 4.º | 44 | 48 | 20 | 24 |

Estos precios se entienden en Madrid: á provincias se remitirán con el aumento de 6 rs. la *Farmacopea razonada*, 4 la *Nomenclatura*, 4 el *Codex* y 2 la *Tarifa*.

Los pedidos se harán directamente á esta Redacción, que los transmitirá á los herederos del Sr. Jimenez.

SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

| | Reales. |
|--|---------|
| Suma anterior. | 7,542 |
| D. Francisco Herrero, Fuente Guinaldo. | 20 |
| Suma. | 7,562 |

ADVERTENCIAS.

Los señores suscritores cuyo abono concluye en fin del presente mes, se servirán renovarle oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números, espresando en letra clara é inteligible, así el nombre, como la residencia y direccion que deba darse. Los que se trasladen de domicilio deberán designar el punto en que antes residían.

A los señores suscritores de Madrid se les llevará el recibo á sus casas.

Con motivo de la dificultad que á veces se presenta para encontrar giros sobre algunos puntos por cantidades insignificantes, suplicamos á nuestros compañeros que sirvan satisfacer la suscripción por cualquiera de los siguientes medios:

- 1.º En uno de los puntos de esta corte donde se admiten suscripciones, ó bien en la Redacción ó en la Imprenta de este periódico.
 - 2.º Por sellos de franqueo de la correspondencia.
 - 3.º Por libranzas del giro mútuo de Hacienda, á favor de D. S. ESCOLAR.
- Este último medio de librar ofrece utilidad suma, por cuanto se halla en todas las cabezas de partido.
- 4.º Por los comisionados de las provincias.
 - 5.º En fin, por medio de abonares.

Además, si hubiere algun profesor que no pudiese de pronto realizar la suscripción por cualquiera de los medios indicados, bastará que haga el pedido por carta para que sin tardanza le consideremos como suscriptor, remitiéndole los correspondientes números.

Las cartas que traigan sellos de franqueo, á fin de evitar extravío, han de certificarse y franquearse; único medio para evitar semejantes faltas.

Habiéndonos sido inutilizados, como falsos, varios sellos de franqueo de los recibidos en pago de suscripciones, advertimos á nuestros constantes y apreciables suscritores: 1.º, que hagan, siempre que puedan, el pago por otro medio cualquiera de los que tenemos indicados; y 2.º, que procuren cerciorarse de la legitimidad de los sellos que al efecto adquieran, cuando no les sea posible remitir de otra suerte el importe de sus abonos.

Para regularizar las operaciones de la administración, no se enviarán más números que hasta el día en que termine cada abono, exceptuando á los profesores que ya tienen dado aviso con anticipación para que no se les deje de considerar como suscritores indefinidos; y advirtiéndole que la suscripción principia á contarse desde 1.º de mes, nunca desde mediados.

Quedándonos algunas, aunque pocas, colecciones de El Siglo Médico, se advierte que están de venta en la Redacción, calle del Espejo, núm. 17, etc. principal, á razon de 40 rs. tomo en Madrid, y por el correo franco de porte 50 para las provincias, 70 para el extranjero, 80 para Ultramar y 100 para Filipinas, remitiendo directamente su importe al Director-Administrador.

La Redacción está abierta todos los días, excepto los feriados, desde las nueve á la una.

Por todo lo no firmado:
El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.
Pretil de los Consejos, 5, principal.